

1 GRAN LA PLATA

La Plata

Una geografía literaria

José Luis de Diego
director

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

IdIHCS
CONICET
Instituto de
Investigaciones en
Humanidades y
Ciencias Sociales
UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

IMPLANTATA
Distribuidora & estantería de Libros y Revistas



1 GRAN LA PLATA



La Plata

Una geografía literaria

José Luis de Diego

(director)

Verónica Delgado y Margarita Merbilhaá

(recopilación de textos)

Ernesto Domenech

(fotografías)

Tapa: D.G.P. Daniela Nuesch

Diseño interior: Agustina Magallanes

Editoras por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión:

Natalia Corbellini y Leslie Bava

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2019 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1825-3

Colección Gran La Plata, 1

Cita sugerida: de Diego, J. L. (Dir.). (2019). *La Plata: Una geografía literaria*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ; Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales ; Malisia Editorial. (Gran La Plata ; 1). Recuperado de <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/151>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Laura Rovelli

Secretario de Extensión Universitaria

Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Guillermo Banzato

Universidad Nacional de La Plata - CONICET
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias
Sociales. IdIHCS

Directora

Gloria Beatriz Chicote

Vicedirector

Antonio Camou

Colección Gran La Plata

La colección Gran La Plata es impulsada por el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales como parte de su proyecto de investigación institucional de unidades ejecutoras apoyado por el CONICET (PUE). El territorio es el eje vertebrador de los estudios sobre la estructura social; las relaciones sociales y los conflictos socio-políticos; los valores, actitudes y representaciones socioculturales; las políticas públicas; y la reconstrucción histórica de las principales problemáticas que afectan a una región estrechamente vinculada al quehacer cotidiano de nuestra universidad. La intención de fortalecer los puentes de diálogo entre nuestras investigaciones y la ciudadanía, las organizaciones sociales y las distintas instancias del Estado es lo que motiva la publicación de estos libros.

Prólogo

José Luis de Diego 13

Ensayos, memorias, crónicas 17

Domingo Faustino Sarmiento. La Plata 19

Érnest Michel. La nouvelle capitale de la Plata 25

Henry A. Ward. Los museos argentinos 29

Cesarina Lupati Guelfi. La Plata, ciudad del recogimiento,
del silencio, del sueño 33

Vicente Blasco Ibáñez. La Plata: improvisación brillante, locura grandiosa 37

Enrique Gómez Carrillo. El Oxford argentino 43

Arturo Capdevila. Loores platenses 47

Rafael Arrieta. La ciudad del bosque. El invicto. Epítome urbano 51

Roberto Arlt. Elogio de la ciudad de La Plata 57

Ezequiel Martínez Estrada. Hollywood 61

Ernesto Sabato. Páginas vivas 67

Jaime Sureda. Las librerías 71

Bruce Chatwin. Patagonia 75

Horacio Castillo. La Atenas del Plata 79

Juan Martín Ramos Padilla. Chicha. La fundadora de Abuelas de Plaza de Mayo 83

Eduardo Faingold. Diáspora y exilio 87

Poesía 91

Alfredo Fernández García. Génesis 93

Enrique Rivarola. A Dardo Rocha 97

<u>Eduardo O. Zapiola. Plaza Italia, de La Plata</u>	101
<u>Baldomero Fernández Moreno. Tilos de la calle 7</u>	105
<u>Pablo Navajas Jáuregui. Nocturno</u>	109
<u>Lucrecia Silva Noceda. La Catedral</u>	113
<u>Juan B. Zibechi. A la ciudad de La Plata</u>	117
<u>Carlos Albarracín Sarmiento. Fundación de La Plata</u>	121
<u>Gustavo García Saraví. Las calles de La Plata</u>	125
<u>Rafael Felipe Oteriño. El bosque de La Plata</u>	129
<u>Estela Calvo. Teatro Argentino (18-10-1977)</u>	133
<u>Oswaldo Durán. La Plata, mi terruño</u>	137
<u>Oswaldo Ballina. El músico de la glorieta</u>	141
<u>Emilio Pernas. Otoño</u>	145
<u>Néstor Mux. Expresiones de deseo</u>	149
<u>César Cantoni. Aquí vivió Almafuerte...</u>	153
<u>Guillermo Lombardía. XIII</u>	157
<u>Eric Schierloh. Nilda Luján Godoy</u>	161
Narrativa	165
<u>Arturo Cancela. Historia funambulesca del Profesor Landormy</u>	167
<u>Pilar de Lusarreta. Niño Pedro</u>	171
<u>Rodolfo Walsh. Prólogo a Operación masacre</u>	175
<u>Manuel Puig. La traición de Rita Hayworth</u>	179
<u>Ricardo Piglia. El Laucha Benítez cantaba boleros</u>	183
<u>Enrique Anderson Imbert. Victoria</u>	187
<u>Javier Villafañe. El caballo celoso</u>	191
<u>Adolfo Bioy Casares. La aventura de un fotógrafo en La Plata</u>	195
<u>Aurora Venturini. La Plata mon amour</u>	199

<u>Gabriel Báñez. Octubre amarillo</u>	203
<u>Guillermo Cieza. Destiempo</u>	207
<u>Rodolfo Fogwill. Vivir afuera</u>	211
<u>Ricardo Clark. Sexo seguro en La Plata</u>	215
<u>Rodolfo Amy. La ciudad es un juego</u>	219
<u>Esteban López Brusa. La yugoslava</u>	223
<u>Néstor Ponce. Hijos nuestros</u>	227
<u>María Laura Fernández Berro. El camino de las hormigas</u>	231
<u>Mario Goloboff. El hijo de Octavio</u>	235
<u>Laura Alcoba. La casa de los conejos</u>	239
<u>Leopoldo Brizuela. La locura de Onelli</u>	243
<u>Acerca de los autores</u>	249

Prólogo

Confieso que la idea de la que surge este libro no es original. En oportunidad de participar del III Congreso Internacional de la Lengua Española, en noviembre de 2004, en Rosario, la Municipalidad de esa ciudad me obsequió una colección de fascículos con el título *Rosario ilustrado. Una guía literaria de la ciudad*. Se trataba de un emprendimiento conjunto de la Municipalidad y la Universidad Nacional de Rosario. Yo no conocía el material y, una vez leído, inmediatamente pensé que podría hacerse algo así en La Plata. De manera que recurrí a la Municipalidad de La Plata, quien financió el trabajo inicial pero nunca llevó a cabo la publicación del libro. Después de una serie de avatares que resulta innecesario reseñar, finalmente el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET) se interesó en el proyecto e hizo posible el volumen que aquí presentamos.

Más allá de su realización de tipo formal, se trata de un emprendimiento que busca dotar de una identidad cultural y literaria a ciertas zonas de la ciudad que han sido objeto de representación en textos de escritores. La relación entre ciudad y literatura no es para nada novedosa; uno de los abordajes más recientes, y más creativos, lo encabezó el filósofo y ensayista español Fernando Savater: una serie de documentales sobre los escritores y las ciudades. Comenzó, por razones de localía (Savater es donostiarra), por Baroja y San Sebastián. Y después siguieron, creo recordar, el Madrid de Galdós, la Dublin de Joyce, la Praga de Kafka, la Florencia del Dante, el México de

Octavio Paz y otros. Si pensamos en Buenos Aires, la primera representación literaria que nos asalta es, claro, su fundación mítica: “¿Y fue por este río de sueñera y de barro / que las proas vinieron a fundarme la patria?”. A Borges se le hace cuento ese origen mítico, porque como todo mito ancla en un tiempo sin nombre y otorga visos de eternidad: “tan eterna como el agua y el aire”. Otro notable escritor nos da, por los mismos años, otra imagen de Buenos Aires en uno de los comienzos más citados de nuestra literatura: “Cuando tenía catorce años me inició en los deleites y afanes de la literatura bandoleresca un viejo zapatero andaluz que tenía su comercio de remendón junto a una ferretería de fachada verde y blanca, en el zaguán de una casa antigua en la calle Rivadavia entre Sud América y Bolivia”. Todo parece estar condensado en el comienzo de *El juguete rabioso*, la novela de Roberto Arlt. El joven que se inicia en las experiencias de la vida, el descubrimiento de la literatura popular de la mano de un trabajador inmigrante, la representación de aquellas fachadas de la zapatería y la ferretería de barrio, y la precisión geográfica de su localización en la ciudad, tan alejada como podamos imaginar de la mitologización borgeana. La Buenos Aires literaria es infinita, aunque podemos decir que reconoce, en su itinerario, algunas escalas obligadas: la Villa Crespo de Samuel Tesler, aquel filósofo delirante y desmesurado que nos legó Marechal; el Parque Lezama de *Sobre héroes y tumbas*, que se cruza en nuestra memoria con Alejandra Vidal, a quien tanto quisimos; el Pasaje Güemes, a través del cual se desembocaba en París, en la *galerie Vivienne*, en uno de los mejores relatos de Cortázar...

Por supuesto, las representaciones literarias de nuestra ciudad no son tan célebres, pero un minucioso rastreo demostró que no son pocas, y nada desdeñables: un estupendo texto, plagado de ironías, que Sarmiento dio a conocer en el diario *El Debate*,

en 1885; un fragmento de *Radiografía de la pampa*, el clásico ensayo de Martínez Estrada, no menos irónico; una “aguafuerte” de Arlt sobre un viaje a La Plata; el conocido prólogo de Rodolfo Walsh a *Operación masacre*, en el que cuenta que se enteró del levantamiento del General Valle en un bar de la ciudad en el que jugaba al ajedrez y del que debió salir corriendo hacia la Plaza San Martín; la mirada distanciada y afable a la vez de aquel curioso relato de Bioy Casares sobre las aventuras de un fotógrafo en La Plata; el cuento de Ricardo Piglia, “El Laucha Benítez cantaba boleros”, que narra la historia de un boxeador que se entrena en el Club Atenas, y tantos otros. De modo que el libro está constituido por una antología de textos de escritores en los que se representa algún sector o ámbito de la geografía urbana. Debe quedar en claro que las protagonistas del libro son la ciudad y la literatura; con ese objetivo, nos propusimos una deliberada desjerarquización en el censo de escritores, en el que conviven consagrados con otros menos conocidos, platenses y no platenses, visitantes y viajeros, ensayistas, poetas y novelistas, estampas del siglo XIX con relatos contemporáneos. Como se verá, cada texto recopilado incluye una breve noticia biobibliográfica del autor y la fuente de la que proviene.

Con respecto a las fotografías, el criterio utilizado es que las imágenes *ilustren* los textos, pero que tengan, además, un interés artístico en sí mismas, es decir que el resultado no pueda confundirse con un libro meramente turístico o de divulgación. Si se advierte que la fotografía *dialoga* con el texto, en un mismo plano de representación artística, habremos logrado nuestro propósito.

Por último, quiero agradecer a los colaboradores: a Verónica Delgado y Margarita Merbilhaá, quienes fueron responsables de la selección de textos y, por ende, de los verdaderos hallazgos con

que cuenta el libro, y a Ernesto Domenech, que supo combinar con acierto su talento en la fotografía con los objetivos del proyecto. Ellos han sido, en rigor, los *hacedores* de este libro. Después de años de peregrinaje, la edición del material recopilado fue posible gracias al interés demostrado por las autoridades del IdIHCS, en especial por su Directora, Gloria Chicote; a ella, mi reconocimiento y gratitud.

José Luis de Diego
La Plata, octubre de 2019

Ensayos, memorias, crónicas

Domingo Faustino Sarmiento

La Plata



Sarmiento, Domingo F. "La Plata", en *El Debate*. Buenos Aires, 11 de noviembre de 1885. Recogido en *Obras completas*, t. XLII, *Costumbres-Progresos*; figura mal datado, como publicado inicialmente en *El Nacional*, 1886.

Volvamos a La Plata. ¿Se ha embriagado con opio alguno? ¡Pues yo sí, que todo lo he probado! Una sensación deliciosa de bienestar, en medio de una iluminación espléndida que no viene del sol pues no tienen sombra los cuerpos; sin duda que se dilata el espíritu, puesto que las calles angostas, tortuosas, los edificios de azotea, las calles pantanosas no proceden sino de la limitación de los tamaños, de la conciencia, en el sentido común. El *teriaki* ve ciudades con monumentos de una cuadra de alto como las Pirámides de Egipto, y puentes gigantescos, como el de Brooklyn ahora construidos por un *teriacky*.

Y bien, cuando me he paseado por las calles ya bulliciosas de La Plata, me he persuadido, no que yo haya bebido opio ese día pues no hice disparate ninguno, sino que todo allí, gobierno, pueblo, ingenieros, hacían la mañana con opio, y hacen todo desmesurado, colosal, como para un pueblo de gigantes. Comprendo al ver aquellos edificios en construcción, aquellas casas ya habitadas, que les están quitando los andamios como los hilvanes al vestido que estrenamos, la sorpresa de Dickens al desembarcar en Nueva York y ver niños jugando ya en la calle y algún chicuelo mamando prendido al seno de la madre. ¡Imposible! decía, que hayan nacido aquí, si no ha habido tiempo, tan lustrosas están las cerraduras, tan de fresco pintadas las puertas, tan sin acabar de rematarse los edificios; están en la vereda los cajones vacíos de los muebles recién armados.

La Plata ofrece este mismo espectáculo. Las minas de oro o de plata están presentando iguales, en lugares donde un año antes solo cazadores habían penetrado en los Estados Unidos. Encuentran un filón de metal que excita el hambre, y en la noche los aventureros se han arreglado de modo que amanezca ardiendo el fuego en los hoteles: hay casas de remate, un metodista predica parado sobre el tronco de un árbol, hay posta y se están clavando

los postes del telégrafo a la más próxima ciudad, a donde se piden casas hechas, y una iglesia que debe armarse para el domingo siguiente.

En La Plata vamos a tener catedral que deje atrás a la marmórea de Nueva York, construida (ocho millones) con oblaciones públicas, y una partida que daba la municipalidad, (el ring) de ladrones en cambio de los votos de los irlandeses. (No se enoje Mr. Mulhall que aquí los irlandeses no votan, porque son de Inglaterra) “Para la patria y no para Portugal”, como se enseñaba a los loritos en tiempo de la princesa Carlota.

¡Qué majestad la de los edificios públicos de La Plata! Este es su defecto, y acaso la herencia que traemos de nuestros antepasados, como aspiración; pero lo que nos muestra los progresos que la educación pública ha hecho en tan corto tiempo, es que en todo se ha realizado cuanto se concibe de más acabado y reciente en la economía de las ciudades: luz eléctrica, calles anchas, boulevares, avenidas, diagonales, adoquinados, veredas de cuatro a diez varas; bosques que parecen seculares por lo sombríos, dan solaz, sombra y recreo a las puertas de la ciudad encantada; como monumentos, palacios para el Museo antropológico que ya es uno de los primeros del mundo, enriquecido con doscientas muestras de las razas americanas. Siéntese el visitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado, porque La Plata es el pensamiento argentino, tal como viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se dé cuenta de ello... (...)

Los monumentos de La Plata están ya poblando y accidentando el horizonte, habitados unos, rematándose otros; pero de su conjunto, de las calles que disimulan su correcto empedrado bajo una capa de conchilla (¡que Dios haya la vista de los transeúntes!), de sus estaciones que repiten en doscientos metros de largo aunque en dos filas el Louvre de París, y de las líneas de

palmeras de las calles y plazas, y del bosque sombrío que media entre el puerto y la ciudad, se produce una sensación única hoy en la tierra, sin la grandeza de los tamaños y de la distancia, con los detalles de los edificios públicos y privados entre los cuales no se encontraría una muralla vieja, un techo desvencijado, nada que no haya nacido ayer, bajo plan y dirección.

Los palacios de los reyes suelen estar empujando las chozas de los miserables y los grandes progresos realizados solo sirven para mostrar las enormes deficiencias, como si allegáramos la luz a rincones oscuros, húmedos y hediondos, donde se cobijan inmundas alimañas. Es hoy opinión recibida que el Egipto, con su pasmosa civilización, anterior a toda cultura humana, es sin embargo colonia de algún otro pueblo desconocido, prehistórico; porque la Pirámide más perfecta, más alta, más matemática es la primera que se ha ejecutado, siendo las otras casi degeneración de aquella. Sucedería lo mismo con La Plata; si hubiéramos de contemplarla un siglo después. Todo en ella por sus perfecciones, sus formas, su necesidad, acusaría un pueblo anterior que vino al Río de la Plata, tomó la tierra en la Ensenada internándose, fundó a Pérgamo como los troyanos al paso, o como Eneas la Roma, para poder verla en el Poliorama del Retiro. Aquello será también una vista de Poliorama.

¿Cuántos habitantes cuenta La Plata? La estadística de veinte y siete mil. Antes de que se imprima habrá treinta mil. ¡Imposible! Todo lo que sucede aquí es imposible; ¡pero así resulta del censo que se está levantando! Diga lo que quiera el censo, el Presidente, oído el informe de su bibliotecario, no ejecutó la ley del Congreso que mandaba crear un colegio nacional en La Plata, como en toda ciudad que se reputa, por no haber como mil habitantes, y no tenemos colegio nacional que tiene Jujuy con tres mil o cuatro mil habitantes y Rioja con cinco mil, San Luis

cinco mil si los tiene; pero como es imposible que un Ejecutivo no ejecute una ley cuando su oficio es ejecutar aun contra informe de bibliotecario, es imposible también que Jujuy tenga tres o cuatro mil habitantes y tenga Colegio, sin que se haya puesto veto al ítem del presupuesto. ¡Doblemos la hoja! La Plata esta dominada de un espíritu hostil, que impide que el presidente venga y vea por sus propios ojos. El bibliotecario consultó naturalmente el censo de 1869 y encontró Ensenada con 575 habitantes y dándole de barato Tolosa, y lo que habrá andado desde entonces, el bibliotecario cumplió con un deber estricto de bibliotecario, que cita el texto y la página de un libro a su custodia y no va a visitar aldeas en construcción, lo que no entra en sus funciones. El Presidente no necesita saber geografía instantánea, a la *minute* como dicen los franceses, o a la *minuta* como dicen los fabricantes de tarjetas o de reputaciones oficiales.

Me despido de La Plata revivido, reconfortado, pues antes de ver lo que somos, y poder conjeturar lo que seremos cuando se acaben de derrochar las tierras públicas, ya que no podemos derrocarlas, dudaba de la fuerza vegetativa y de los progresos morales y sociales que hacemos, para salir del molde colonial que en La Plata ha sido dejado, para inventar habitantes con moradas modernas.

Domingo F. Sarmiento nació en San Juan en 1811 y murió en Paraguay en 1888. Político, educador, escritor y periodista. Entre sus obras más destacadas se cuentan: *Facundo* (1845), *Recuerdos de provincia* (1850), *Viajes en Europa, África y América* (1849-1851), *Campaña en el Ejército Aliado Grande de Sud América* (1852). La célebre polémica pública que entabló con Juan Bautista Alberdi está recogida en *Las ciento y una*.

Ernest Michel

La nouvelle capitale de la Plata



Michel, Érnest. *A travers l'hémisphère sud ou mon second voyage autour du monde. Portugal. Sénégal, Brésil, Uruguay, République Argentine, Chili, Pérou.* Paris, Victor Plamé, 1887.

Media hora después, yo estaba en la estación, donde el jefe de ella me sirve gentilmente una taza de té que lleva su hija. ¿Es el cambio de país o de clima que da así tanta amabilidad a la frialdad natural inglesa? Él permanece inmutable, pero responde a mis preguntas y proporciona detalles sobre la nueva ciudad de La Plata, que está en vías de construirse para servir de capital a la Provincia de Buenos Aires. (...)

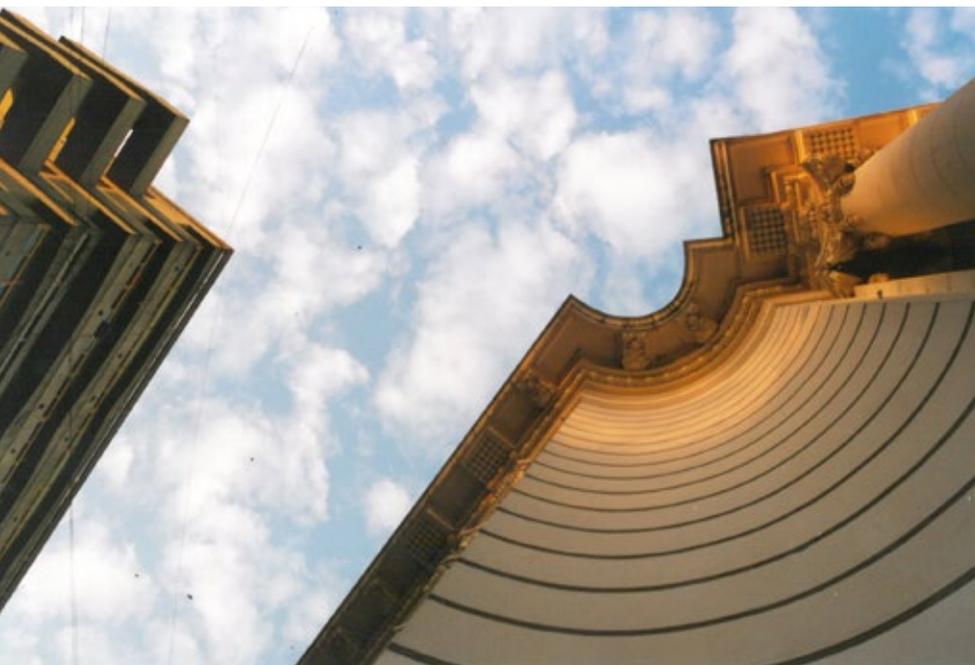
La nueva ciudad de La Plata estará bastante alejada del mar y del río, la tierra es demasiado baja en la costa; pero se proyecta construir un canal desde la Ensenada, situada a 12 millas a la entrada del río. La ciudad está trazada, las calles son amplias, de 20 a 40 metros, y los terrenos se venden de 1 a 3 francos el metro cuadrado. Muchos especuladores la acaparan y se harán probablemente bellas fortunas. (...)

En fin: el tren llegó con media hora de atraso: esto es habitual aquí. Los chistosos traducen el término español ferro-carril por la palabra ferro-carreta. La velocidad, en efecto, no paso de los 20 kilómetros por hora.

Ernest Michel nació en Francia en 1837. Sus viajes dieron origen a la obra *A travers l'hémisphère sud ou mon second voyage autour du monde. Portugal. Sénégal, Brésil, Uruguay, République Argentine, Chili, Pérou*. El autor llegó a Buenos Aires el 5 de julio de 1883 y unos días después visitó La Plata.

Henry A. Ward

Los museos argentinos



Ward, Henry A. "Los museos argentinos", en *Revista del Museo de La Plata*, vol. I, 1890-1891. Talleres del Museo de La Plata, XV, 470 (8°).

La ciudad de La Plata tuvo su origen en la necesidad en que se hallaron los habitantes de la provincia de Buenos Aires de fundar una capital, habiéndose convertido la ciudad de Buenos Aires en la capital de la Nación. Por consiguiente, en 1882 se hizo la traza de una ciudad, en la pampa lisa, cerca de un gran río que parece un mar, 30 millas al sudeste de Buenos Aires, y esta proyectada ciudad fue bautizada con el nombre de La Plata. Hoy, que han pasado siete años apenas, La Plata es una ciudad de 60.000 habitantes, y se calcula el valor de sus fincas, incluso los edificios públicos y el puerto, en *¡doscientos millones de pesos!* Esta ciudad que se ha levantado por encanto en el desierto, no es una colección de casillas de madera, con veredas de tablas y fangales por calles, como casi todas nuestras poblaciones al oeste del Mississipí. Por el contrario: consiste de anchas, largas y majestuosas calles, a cada uno de cuyos costados y sin interrupción, se encuentran líneas de elegantes casas de negocios y habitaciones particulares; en su mayor parte, consisten estas de piedra tallada o de estuco, con hermosas fachadas y cornisas artísticas. Muchas de estas calles están sombreadas por hileras de árboles al borde de sus espaciosas veredas en suntuosas avenidas y boulevares. (...)

Los edificios públicos están bien repartidos en todas partes, y cada uno es un verdadero palacio por sus grandes dimensiones y pomposa arquitectura. Así sucede que el viajero que llega de Buenos Aires, al salir de la elegante estación de ferrocarril, se encuentra en una ciudad que, venga de Londres, París o Nueva York, le sorprende y le deleita por su magnificencia arquitectónica. (...)

Por el costado oriental de la ciudad, al extremo de una de las principales avenidas, existe un espléndido parque de más de mil acres (250 cuadras). Este parque contiene espaciosas avenidas,

largos caminos para rodado y hermosos paseos entre sus bosques de eucaliptos, y sus jardines de arbustos y flores. Aquí serán ubicadas diversas instituciones científicas, que fundara el gobierno de la Provincia.

Henry A. Ward nació en Estados Unidos. El 27 de junio de 1869 llegó a Buenos Aires. Fue comerciante en el mercado internacional de especímenes de historia natural. El texto citado pertenece a una carta enviada por el autor a Luis María Gonnert expresándole sus impresiones sobre un viaje que hizo a la ciudad de La Plata, especialmente sobre el Museo de esta ciudad.

Cesarina Lupati Guelfi

*La Plata, ciudad del recogimiento,
del silencio, del sueño*



Lupati Guelfi, Cesarina. "La Plata, ciudad del recogimiento, del silencio, del sueño", en *Vida argentina*. Versión española de Augusto Riera. Barcelona, Maucci, 1910.

La Plata: otro nombre significativo que indica el dinero; ciudad de los comerciantes, de la riqueza. ¡Cuán equivocada anda la fantasía al imaginar lo que decimos! Rosario no es mística, sino trabajadora; es, por excelencia la ciudad del trabajo, del comercio, del dinero; la ciudad mística es Córdoba. La Plata es la ciudad del recogimiento, del silencio, del sueño.

. . .

La Plata, como todos lo saben, es la ciudad fundada por Dardo Rocha, el 22 (sic) de noviembre de 1882; fue una especulación desgraciada. Se esperaba despoblar a Buenos Aires, y, en cambio, hasta hoy, los profesores que enseñan en La Plata, no permanecen allí más que durante la lección, y durante el resto del día viven en Buenos Aires. La Plata aparece desierta; con sus magníficos palacios, con sus amplias calles, con sus espléndidos jardines, está desierta. La llaman la Atenas argentina, porque posee las mejores escuelas; pero Atenas conserva después de su ruina los vestigios de un pasado glorioso, y, por lo contrario, la Atenas americana espera lo porvenir. ¿Cuál será este porvenir? Nadie se atreve a pronosticarlo después de la desilusión que produjo su fundación, que costó centenares de millones. Por ahora, La Plata es la ciudad del pensamiento: ancha, majestuosa, inmensa, posee escuelas monumentales, un observatorio astronómico de primer orden, dirigido por el ilustre profesor italiano Porro, y un espléndido museo que despierta justo orgullo en la República, museo que puede competir con los primeros del mundo.

Bellísima, originalísima; pero no le pidáis más. Una neblina espesa se desprende del río y la envuelve en un velo grisáceo; flota en el aire el olor higiénico, pero no muy agradable, del eucaliptus globulus; las calles inmensas y no muy limpias, abiertas para

una multitud hipotética, están desiertas y cubiertas de hierba; respírase un sentimiento de tristeza, y dijérase que son las vías de una ciudad muerta.

Cesarina Lupati Guelfi (Milán, 1877-1957) fue una escritora italiana que se destacó como autora de libros para niños y jóvenes. Además, fue una lúcida cronista en el extranjero. De 1908 a 1911 estuvo en Argentina: visitó La Plata a mediados de 1909. A partir de esa estadía escribió su libro *Vita argentina: argentini e italiani al Plata osservati da una donna italiana* (1910).

Vicente Blasco Ibáñez

*La Plata: improvisación
brillante, locura grandiosa*



Blasco Ibáñez, Vicente. "La Plata: improvisación brillante, locura grandiosa", en *La Argentina y sus grandezas*. Madrid, Editorial Española Americana, 1910.

Fue esta fundación una de las locuras grandiosas de la República en aquella época de imprevisiones, desorientaciones y atrevidos derroches, originados por el exceso de fortuna. En pocos años y a fuerza de millones se creó una ciudad entera, amplia y monumental sobre terrenos solitarios, únicamente hollados hasta entonces por yeguas y vacas.

Aparece esta población como una de las improvisaciones más brillantes de la actividad argentina; pero ¡ay!, el dinero no lo puede todo. Los hombres emprendedores que crearon La Plata supieron hacer una ciudad: lo que no acertaron a conseguir fue rellenarla con los habitantes necesarios.

La capital de la provincia está demasiado cerca de la Capital Federal. Poco más de una hora basta para trasladarse a Buenos Aires, y la gente prefiere el bullicio de Avenida de Mayo a las tranquilas y majestuosas calles de la ciudad de La Plata.

Todo el vecindario lo forman unos centenares de estudiantes de su famosa Universidad, muchas familias que huyen de Buenos Aires por el exagerado precio de los alquileres, y otras que adquirieron edificios o fundaron establecimientos durante el primer desarrollo de La Plata, creyendo en su grandeza futura, y ahora viven prisioneras de su propia obra. Es inútil que el Gobierno de la provincia obligue a sus empleados a vivir en la capital bonaerense. Alquilan una casa, la amueblan, hacen constar con ello su vecindad en La Plata, y al salir por las tardes de la oficina, se marchan a Buenos Aires, donde tienen sus familias. Los más de los catedráticos llegan tres veces por semana a la Universidad desde la Capital Federal, para dar sus lecciones. Se toma el tren, como si fuese un tranvía entre dos ciudades. La mayor y más antigua absorbe toda la savia de la joven. Es lástima que esto ocurra, pues La Plata ofrece realmente el aspecto de una gran población. Hermosas y anchas avenidas

dan acceso a plazas enormes, con jardines frondosos. Esta capital, completamente nueva, tiene cierto aire de noble tradición, como las poblaciones históricas del viejo mundo. Nada ha ocurrido en ella: sus edificios monumentales, sus calles como plazas y sus plazas como llanuras, no guardan ningún recuerdo famoso. Y, sin embargo, la soledad de sus avenidas, el silencio de sus palacios, la falta general de movimiento le comunican algo del carácter solemne y augusto de las antiguas ciudades españolas e italianas; bellos caparazones arquitectónicos que abrigan glorias extintas; cementerios de arte donde la piedra parece vivir con un vigor más latente que el de la personas; calles que un tiempo hollaron seres heroicos y sobre las cuales crece ahora la hierba.

La Plata parece vieja, como las más viejas ciudades sin haber conocido la juventud. Recuerda vagamente con su silencio majestuoso y la proporción de sus edificios, a Toledo y a Pisa; pero jamás ha sido semejante por un momento a la una ni a la otra. No hay en toda la América del Sud población monumental que se parezca como ella a las metrópolis, gloriosas y moribundas. Pero solo tiene la corteza, la envoltura exterior, pues le falta el alma. Vuelvo a repetirlo: es vieja sin haber sido nunca joven. Se asemeja a ciertas mujeres que saltan de la infancia a las amplitudes majestuosas y flácidas de la madurez, sin haber conocido a la esbelta y vigorosa firmeza de la adolescencia.

Resuena como los mismos ecos grandiosos de los palacios abandonados: un carruaje despierta en sus calles mayor estrépito que cualquier otra población.

Los constructores de La Plata lo hicieron todo grande. El palacio de Gobierno, los Ministerios, la Municipalidad, etc., son edificios magníficos, así como las sucursales de los Bancos y los centros de enseñanza.

La universidad, cuidada y fomentada con tanto esmero por su Rector, don Joaquín V. González, comunica algo de vida a La Plata. La notabilidad de su profesorado y la frecuencia con que invita a catedráticos extranjeros para que expliquen cursos en sus aulas, atrae a muchos estudiantes, hasta de lejanas provincias. Gracias al doctor González y a sus nobles iniciativas, esta Universidad es la más conocida en Europa de todas las de Sud-América.

Pero el establecimiento que mayormente honra a La Plata es su museo, fundado en 1884 por el sabio argentino don Francisco P. Moreno. Este Museo ha servido para el desarrollo del país, pues de él partieron muchos exploradores en arriesgados viajes al Sud de la República, cuando este se hallaba todavía en poder de los indios.

El Museo está instalado en un bosque próximo a La Plata, y ocupa una vasta superficie. Su aspecto es grandioso, y guarda relación en sus proporciones con los tesoros científicos que encierra. Valiosos ejemplares representan en él todo el anillo biológico conocido, que empieza en el misterio original y, de evolución en evolución, llega hasta el hombre. Hay en sus salones cuerpos momificados de los pobladores de la Patagonia antes de la fecha del descubrimiento, armas, vasijas, vestiduras precolombianas y una gran riqueza en animales de épocas remotísimas. Existen, además, anexas al Museo una valiosa biblioteca y una sección de bellas artes. A ras del suelo están los laboratorios, los depósitos, los talleres de montajes, modelaje, etcétera

Tiene La Plata un buen observatorio Astronómico y una Facultad de Agronomía y Veterinaria. Algunos mercados y teatros, numerosos Bancos y magníficos edificios particulares, demuestran cuán grandes fueron las ilusiones de los fundadores de la ciudad: generosas ilusiones que no han llegado a realizarse.

El puerto, situado en Ensenada, a 5 kilómetros, sobre el estuario del río de la Plata, ofrece un buen fondeadero para buques de regular calado. Uno de los arsenales de la marina de guerra se halla establecido en este puerto, lo que parece comunicarle alguna vida. Sin embargo, su movimiento comercial va en decadencia, lo mismo que la ciudad. La cercanía del puerto de Buenos Aires le causa graves daños.

Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia en 1867 y murió en Francia en 1928. Visitó Argentina en 1909. Escritor, periodista y político, publicó innumerables novelas, entre otras: *Flor de mayo* (1895), *La barraca* (1898), *La catedral* (1903), *La maja desnuda* (1906), *Sangre y arena* (1908), *La reina Calafia* (1923).

Enrique Gómez Carrillo

El Oxford argentino



Gómez Carrillo, Enrique. "El Oxford argentino", en *El encanto de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1914.

El ilustre presidente de la Universidad sigue hablando de su obra y me hace ver desde fuera las construcciones modelos de sus aulas, rodeadas de jardines espléndidos.

–Puede decirse que todo nuestro núcleo de edificios esta en un parque– me dice el señor González.

Una frase de Leopoldo Lugones acude a mi memoria a cada paso. “La Plata –aseguróme un día en Paris el ilustre poeta– es nuestro Oxford”. Y ahora que me encuentro en La Plata noto con regocijo que en estas palabras no hay nada de exagerado. Sin la grandeza del fondo medieval, pero en un paisaje admirablemente moderno, es, en efecto, el espíritu de Oxford, es el alma de Oxford lo que me anima a la ciudad que bien merece llamarse por antonomasia universitaria. Porque todo lo demás que aquí ha querido crearse para dar vida a la capital de la Provincia aparece como absorbido por las diferentes aulas, lo mismo que en la metrópoli escolar inglesa los diecinueve colegios clásicos absorben la vida de la ciudad. No hay muchacho de los que pasan por las calles, en efecto, que no parezca estudiante, ni hay hombre maduro que no denote, con su aspecto serio y reflexivo, al catedrático a la moderna. (...)

Temeroso de que cometa el sacrilegio de hablarme de estos divinos parques como de lugares puramente útiles desde el punto de vista de la salud del cuerpo, cambio la conversación y celebro, con el entusiasmo que es de justicia, las admirables cosas sabias que he visto: el museo, y más que el museo, el observatorio astronómico, y más que el observatorio las aulas, en donde la enseñanza no es objetiva y fría, no; sino que gracias a los experimentos, a las demostraciones, a la práctica científica, en fin, llega a vivir y palpitar cual una lección de cosas. (...)

Sí; los estudiantes de La Plata pertenecen a la raza de los que estudian con amor. ¿Les sucede lo mismo a los de Buenos Aires y

a los de Mendoza...? No lo sé. Lo que si sé es que en ninguna de las otras dos Universidades clásicas de la Argentina la atmósfera puede ser tan apropiada a la existencia espiritual como la de esta ciudad, callada y amplia, que parece no tener más vida que la de sus espléndidos jardines académicos.

Enrique Gómez Carrillo nació en Guatemala en 1875 y murió en París en 1927. Publicó numerosas novelas entre las que se destacan *Del amor, del dolor y del vicio* (1898), *Bohemia sentimental* (1899), *Maravillas. Novela funambulesca* (1899), que componen la serie *Tres novelas inmorales*. Escribió las crónicas de sus viajes por Europa, América y Oriente.

Arturo Capdevila

Loores platenses



Capdevila, Arturo. *Loores platenses*. Buenos Aires, Cabaut, 1932.

Los trenes de la inauguración, que fueron muchos, llegaban sólo hasta Tolosa, después de tres horas enteras de viaje. (¿Y qué era Tolosa? Esto: unos cuantos ranchos de paja y barro debajo de los ombúes). Desde allí había que dirigirse en trencillo Decauville, o bien en coche o a pie, al lugar de la solemnidad. Como es obvio, los más hicieron a pie su camino, “ofreciendo el mismo aspecto –lo dijo *La Prensa*– que el pueblo de Dios cuando iba en busca de la tierra de promisión”. Por el desamparo de la planicie, levantaba el viento nubes de polvo. Abrasaba el solazo. Bajo su hoguera, hollaba la muchedumbre una arena tórrida a lo largo de una avenida inútilmente decorada de arcos triunfales; una arena que era fuego, mezclada de relumbrosas conchillas, cuya refulgencia hería los ojos.

A todo esto, se habían aparejado dos banquetes: el oficial, que fue como un festín de los dioses, y el popular, que resultó como cosa de burla. Casi no había una triste loncha de fiambre que se pudiera llevar a la boca sin comprometer la salud o la vida. La carne con cuero se había puesto mala, el pan estaba duro, y el agua escaseaba en tal extremo, que se vendía a peso el vaso, cuando se vendía... (Ciudad que yo amo, siempre fui un poeta de mucha verdad y no he de decirte ni una sola mentira). (...)

Ira y protesta, de un sentido inclusive político, iban apoderándose de la burlada multitud. Entretanto, llovía fuego el sol rajante y alzaba el viento inmensos y negros remolinos de polvo. Daba rabia el contraste entre la mesa de los ricos, usufructuarios del poder, y la piltrafa para perros que hubo de resultar –culpa toda de una malhadada comisión organizadora que así se portó– la decantada merendona del pueblo.

Menos mal que la ceremonia hizo olvidar con el beleño patriótico tantas menudas penurias. Nadie piensa en el hambre ni en la sed cuando el himno y el cañón le vuelven la carne bronce.

Mas como el día continuaba espantoso y ya lo único cierto era el plantón, aquella desengañada gente sólo quiso una cosa:

volverse a Buenos Aires, no fuera que la tomase la noche en aquel desamparado yermo. (...)

Pero no había trenes en qué volver. Solamente los hubo puntuales para la comitiva olímpica de los gobernantes y su séquito. El resto del horario fue totalmente desbaratado. Entonces la fatigada multitud, pasada de hambre y acabada de sed, viendo salir el tren fastuoso de los otros, dejada allí a la buena de Dios, hasta que el diablo dijera *basta*, no supo contenerse más tiempo ¡oh, ciudad que nacías!, y volviéndose hacia el área de tus proyectados muros, prorrumpió en este grito de maldición: *¡Muera La Plata!*

Así fuiste negada y renegada el mismo día de nacer.

¿Por qué? Porque nacías; porque así se nace.

Arturo Capdevila nació en Córdoba en 1889 y murió en Buenos Aires en 1967. Fue poeta, ensayista, narrador y dramaturgo. De su vasta obra se destacan los poemarios *Jardines solos* (1911), *Melpómene* (1912), *El poema del nenúfar* (1915), *El libro de la noche* (1917), *La fiesta del mundo* (1921), *El tiempo que se fue* (1926), *El libro del Bosque* (1948), *Otoño en flor* (1952); las obras teatrales *La Sulamita* (1916), *Zincalí* (1927); de sus novelas sobresale *Arbaces, maestro de amor* (1945). Colaboró asiduamente en La Prensa. En 1949 recibió el Gran Premio de Honor de la SADE.

Rafael Alberto Arrieta

La ciudad del bosque



Arrieta, Rafael Alberto. *La ciudad del bosque. Viñetas platenses.*

La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,

1933.

La ciudad del bosque

La población platense, habituada a los milagros, creyó que la vería alzarse con la rapidez de sus edificios públicos y midió en el espacio, con los ojos, la altura de las dos torres, calculada en 130 metros. Al presenciar la excavación de los cimientos en el lugar más alto de la ciudad, comprobó inmediatamente las proporciones gigantescas del templo: 120 metros de fondo y 60 de ancho en el crucero. La catedral tendría cinco naves; la central, de 44 metros de elevación hasta su bóveda.

Surgió la fábrica, entre cantos y rumores de activo taller. Una amplia abertura fue señalando el sitio de la gran puerta en la fachada principal. Abriéronse los huecos de los primeros ventanales. El vecindario vigilaba diariamente el crecimiento pujante de los muros. La mole humillaba ya las construcciones próximas. De lejos, destacábasela en el conjunto urbano, sólida, rojiza, zócalo monumental... ¡Y allí se detuvo, exhausta por el primer esfuerzo, sin haber cerrado aún los arcos concéntricos de su gran puerta!

El invicto

Aquella noche de septiembre de 1918, la “ciudad universitaria” despedía a su creador. Durante doce años, el Dr. D. Joaquín V. González había presidido la Universidad que fundara en 1905, y al retirarse del cargo —por haber vencido el último período legal para el que pudo reelegírsele—, los estudiantes platenses decidieron rendirle su homenaje público. Inmediatamente se adhirió al propósito la juventud universitaria del país; numerosas instituciones culturales la siguieron; y la ciudad favorecida apresuróse a demostrar su gratitud.

Aquella noche, el amplio Teatro Argentino de La Plata con sus cinco pisos espaciosos y su extensa platea y su vasto escenario, llenóse de una concurrencia adicta y predispuesta a la expansión. Abrieron el acto con sobriedad respetuosa los representantes estudiantiles, y el aplauso fácil, aunque ligero, de toda la sala, anunció una voluntad afectiva que ansiaba manifestarse. En seguida, con creciente precipitación de chubasco, el aplauso total recibió a D. Leopoldo Lugones, comisionado por la juventud para celebrar al maestro. “Lo que caracteriza a Joaquín González como estadista, educador y escritor, definiendo por la unidad cualitativa su triple luz espiritual, es la serenidad de su fuerza” — dijo, sin ditirambo, el panegirista. Y el aplauso se hizo atronador cuando el festejado dejó su asiento y avanzó en el escenario. (...)

Epítome urbano

La ciudad geométrica, nacida del tiralíneas de los ingenieros, pasó del plano al terreno. La cuadrícula con sus diagonales y sus plazas dio un repentino afloramiento a la llanura y una capital suntuosa a la provincia. Todo fue previsto por los calculistas. Dentro de aquella regularidad matemática no cupieron sorpresas. En vano se buscará la calleja y el callejón, la trampa de un sal-si-puedes y el murallón de un por-aquí-no-pasas.

A tan admirable previsión debía corresponder, lógicamente, una denominación... numérica. Y en efecto: las calles amplias, rectas, equidistantes, de la ciudad geométrica, se llaman, de N. O. a S. E., 1, 2, 3... 14, 15, 16...; y sus transversales, 40, 41, 42... 50, 51, 53...

¡Oh, escarnio! ¡oh, venganza de un trasgo urbanista! La calle 52 ha sido escamoteada. (...)

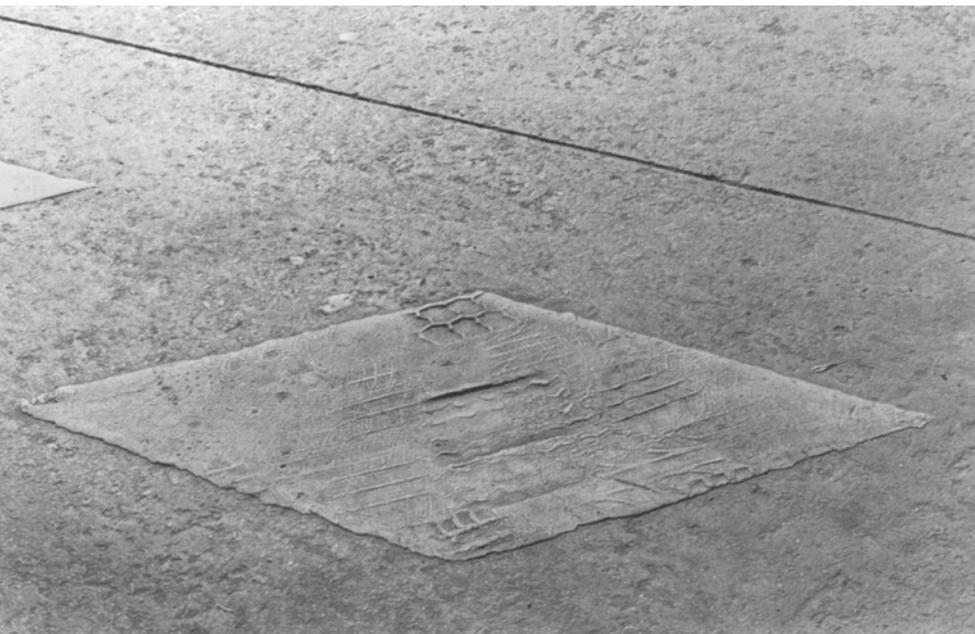
Aún no había automóviles en la ciudad. El velódromo abría su cráter de anchos bordes entre un matorral del viejo Bosque. Los ciclistas pedaleaban allí jubilosamente, consolándose de las penurias del empedrado infernal. Pero llegó el asfalto. Desapareció el velódromo. Y las bicicletas, como hormigas desalojadas, invadieron las calles lisas y blancuzcas. (...) Vecinos al parque, en la plazoleta Rivadavia, pequeña ágora de grandes y exóticos ejemplares, os reciben los cedros monumentales: nivelan sus aleros de pagoda en hiladas que suben hasta las cumbres cónicas y aseguran la paz –¡a dos pasos del Departamento de Policía!– la paz del espíritu, en la ciudadela vegetal. Mas si queréis espolvorearos de cielo, id a la plaza San Martín, donde el jacarandá más bello y pródigo de la población se desnuda cerca de una galería de magnolias.

Acacias, tipas, paraísos, plátanos, áceres, flanquean calles y calles de la ciudad. Alguna se engalana con olmos, otra con fresnos. Eran los balsámicos tilos privilegio de una sola avenida –Unter den Linden–; ahora se alínean vulgarmente en otras. Palmeras y laureles se hermanan en jardines públicos y privados. Veréis, en barrios distintos, el ramaje simétrico de las araucarias. Y en cierto lugar céntrico, sobre la verja ruinosa de un rincón de selva, osado alcornoque asómase a la calle y brinda su sombra al transeúnte...

Rafael Alberto Arrieta nació en Rauch en 1889 y murió en Buenos Aires en 1968. Crítico literario, poeta y profesor. Se graduó como bachiller en el Colegio Nacional Rafael Hernández y como profesor de Literatura en la Facultad de Humanidades de La Plata. Dirigió la *Historia de la literatura argentina* (1958-1960). Entre sus libros de poemas se destacan *El espejo de la fuente* (1912) y *Fugacidad* (1921).

Roberto Arlt

*Elogio de la ciudad
de La Plata*



Arlt, Roberto. "Elogio de la ciudad de La Plata", en *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana*. Buenos Aires, Losada, 2000.

Cada vez que a un vago amigo le he preguntado dónde trabajaba, me contestó:

—Tengo un empleo en La Plata.

Y tan frecuentemente he recibido esta contestación, que llegué a formarme la idea de que la benemérita ciudad de La Plata era algo así como el vaciadero de toda la atorrancia porteña, el paraíso de los “fiacunes” que necesitan justificar un medio de vida. Ayer, después de arduas cavilaciones, resolví hacer un paseo hasta la ciudad ignota y desconocida.

Como es natural, en la estación no me esperaba ni una banda de música ni una comisión de vecinos distinguidos, por lo que pude inspeccionar la ciudad a mi antojo y sabor, es decir, darme cuenta con mis propios ojos de lo que, sin tratar de parecerme a los viajeros distinguidos, llamaré “magnífica ciudad”. Y lo es sin vueltas.

Roberto Arlt nació en el barrio porteño de Flores en 1900 y murió en 1942. Novelista, periodista y dramaturgo. Entre sus novelas se destacan *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), *Los lanzallamas* (1931), *El amor brujo* (1932). Su último libro, *El criador de gorilas* (1942), reúne relatos fantásticos y de aventuras. De su obra periodística, rica y vasta, merecen un lugar especial sus *Aguafuertes porteñas*.

Ezequiel Martínez Estrada

Hollywood



Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires, Babel, 1933.

Toda estructura artificial que se aplica metódicamente, como todo aparato ortopédico, acaban por funcionar con regularidad, al menos por un tiempo muy largo. La ciudad de La Plata es una ciudad, aunque no tenga la existencia orgánica de una ciudad. Improvisada y constituida a expensas de uno de los poderosos bancos de Suramérica y producto de una crisis política que amenazaba echar abajo la organización nacional. El banco quebró, pero el problema de la sede federal quedó resuelto.

Bastaría restarle ciertos elementos artificiales que la sostienen, para que esa ciudad se desmoronara, se deshabitara y el campo entrase otra vez por las calles. No se hizo, se inventó; no alcanzó su volumen por necesidad de crecimiento: creció de golpe y luego hubo que llenarla, que sostenerla, que vivirla. La vida le vino por añadidura. Sin misión social, étnica, económica que cumplir, era una creación de orden político que habría de llevar una existencia metafísica. Ciudad milagro, la llamaba Pellegrini, el ingeniero jurídico de puentes económicos. Es la ciudad milagro, no por la rapidez con que se alzó ni por los edificios magníficos que se levantaron, sino porque, como los milagros, va contra las leyes naturales y tiene su realidad en la fe. Creados los edificios públicos, donde había de instalarse la administración provincial, las casas se produjeron en torno, por cariocinesis. De una célula salieron veinte mil células; del palacio de gobierno salieron las viviendas, con la misma cantidad de cromosomas correspondiente a su especie. Se le agregó una Universidad, que tampoco está allí necesariamente sino con arreglo a principios de equilibrio y de didáctica. Para dirigirla se llevaron profesores de Buenos Aires y alumnos de Buenos Aires y del interior. La Plata era el espacio geométrico, la categoría apriorística de una serie de fenómenos. También se la dotó de una catedral, de un frigorífico, de un hipódromo. Son las atracciones

fuera de programa para sostener el espectáculo que decae y para atraer al transeúnte y al forastero. Los trabajadores, los fieles y los soñadores visitan esos lugares como de tránsito. Peregrinan y se vuelven, sin la impresión de haber viajado. La Plata es el barrio más apartado de Buenos Aires, pero a la vez es el que se le parece más, porque no tiene la fisonomía de un barrio sino la fidelidad integral de un calco. Entre Buenos Aires y La Plata se dilata un latifundio de cincuenta y tantos kilómetros, un parque de Palermo que se visita en marcha. Cuando ese latifundio desaparezca y Buenos Aires pueda extenderse hasta La Plata, en un plano continuo como ya hasta Temperley y Vicente López, la forma de la República tendrá la de un ejido continuo y homogéneo; pensaremos entonces que somos y sabemos más. Ese latifundio advierte al pasajero de la autonomía municipal de La Plata, porque bien se ve que es, al final, otra ciudad. Para acrecentar esa distancia, que el latifundio acentúa, con la variedad de su paisaje y los pueblos intermedios, el ferrocarril con llevar una velocidad media de treinta y cinco kilómetros por hora, dilata en el tiempo el espacio; ochenta minutos parecen ciento cincuenta kilómetros; cincuenta kilómetros parecen tres horas. Con su lentitud y su falta de calefacción la aleja y evita la superposición cronológica que haría, en el plano de la conciencia, yuxtaponer una ciudad a otra. Sabemos que entre esta y aquella ciudad hay una hora y veinte minutos; una hora de campo despoblado, de selva y de llanura, veinte minutos de casas de campo, de hombres pobres. La lentitud del tren y la desolación nos hacen creer de manera inequívoca, que la vida de La Plata no depende de la vida de Buenos Aires, y que su gobierno es independiente de la Casa Rosada.

Esos trenes llevan y traen la población dinámica de La Plata. Cuando parte el de las 18 y minutos, en La Plata se diría –y no es cierto– que quedan los cuidadores de los edificios, y la ciudad

recobra su monótona plenitud campestre, hasta los trenes de la mañana. Esos viajeros van a beber su sangre y a comer pan, en cambio de prestarle movimiento y actividad. De un lado a otro se mueven y se la comen. Pero a la vez, ella vive de sus parásitos; ella se los come también. Los trenes que circulan entre la ciudad matriz y la filial llevan dentro el alma de las dos ciudades. En la circulación está su alma. La Plata es la forma de la ciudad, su espíritu está en los trenes. Un vagón de primera o de segunda clase es el sitio en que se unen las formas urbanas y las campesinas. Es más campo que un subterráneo y más ciudad que un *break*. El hombre del tren local que ocupa su asiento, toma posesión de dos asientos, con su sombrero o sus libros. Ir a La Plata es disfrutar de ciertas prerrogativas, un desdoblamiento de la persona que exige la ocupación de dos asientos, sobre todo si se tiene dos puestos. Se arrellana y se suelta algunos botones convencionales, porque va a emprender un viaje hacia abajo, a los suburbios de la metrópoli; así como se pone pañuelo cuando va a la estancia. Ciudadanos con botas y reloj pulsera son un poco el dueño del tren y un poco el huésped. Los rostros son conocidos o tienen el aire de esos trenes, de modo que es fácil distinguir al que viaja por motivos circunstanciales, y al que viaja de su casa a su trabajo. Trenes de estudiantes y de empleados públicos, de políticos de cámara y de universidad, de estancieros y de abogados, de gentes que hablan en voz alta mirando en torno para que de la multitud de caras, muchas reflejen que saben que es Fulano de Tal. Viaja la gente importante, los unos con su indumentaria invariable, los otros inmersos en la lectura; y el pordiosero recoge las abundantes monedas de la vanidad. Todo aquel que viaja habitualmente a La Plata es dos, vale dos. Si fuesen más humildes o viajaran en el tren como en un tren simplemente, La Plata se indignara de sus habitantes.

Sus honoríficos ciudadanos diurnos tienen la importancia que La Plata les da, y viceversa. Unos y otros han pactado tácitamente; es preciso, para que el espectáculo mantenga su tono doctoral, darse mutuamente importancia.

Ezequiel Martínez Estrada nació en San José de la Esquina (Santa Fe) en 1895 y murió en Buenos Aires en 1964. Fue profesor de Literatura en el Colegio Nacional de La Plata. Poeta, ensayista, narrador y dramaturgo. Publicó, entre otros ensayos, *Radiografía de la pampa* (1933), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina* (1962), *Martí revolucionario* (1967). Es autor de varios libros de cuentos: *La inundación* (1943), *Marta Riquelme*, *Examen sin conciencia* (1956), *Tres cuentos sin amor* (1956).

Ernesto Sabato

Páginas vivas



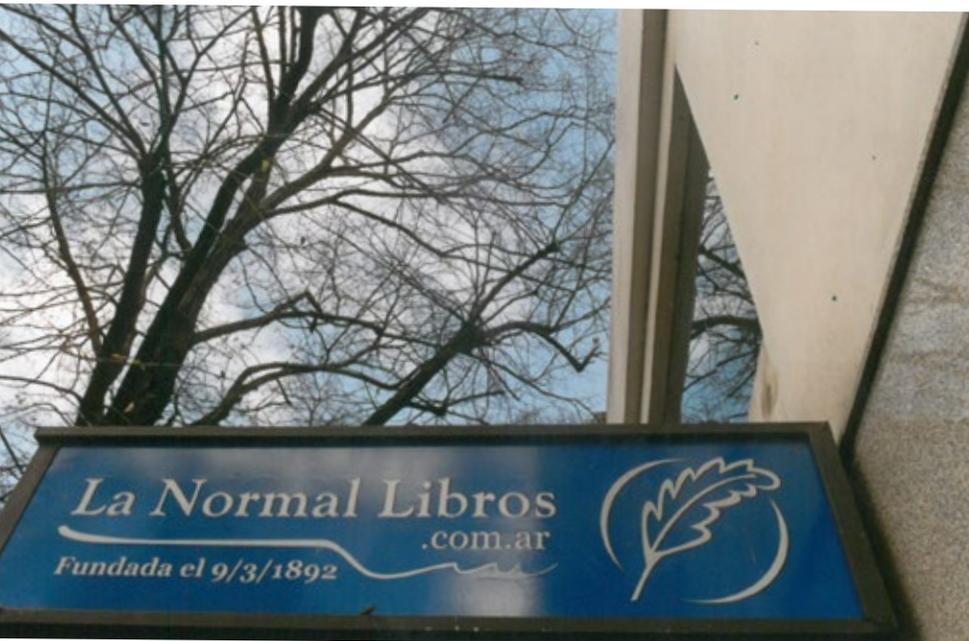
Sabato, Ernesto. *Páginas vivas*. Buenos Aires,
Kapelusz, 1974.

Vi por primera vez a Henríquez Ureña en 1924. Cursaba yo el primer año en el colegio secundario de la Universidad, colegio excepcional en que un grupo de hombres realizaba un experimento pedagógico. La Universidad de la Plata, organizada por Joaquín V. González, había nacido con una inspiración distinta: grandes institutos científicos, organizados por extranjeros de jerarquía, como el astrónomo Hartmann, daban a sus claustros el tono de la investigación que caracterizaba a los centros de Heidelberg o Goettingen; parte de ese espíritu originario se fue perdiendo luego, en la avalancha de la profesionalización y de la demagogia electoral. Al lado de aquellos grandes institutos de ciencias físicas y naturales, la Universidad llegaba, verticalmente, hasta la enseñanza secundaria y la primaria: un colegio nacional y una escuela de primeros estudios, donde los chicos tenían hasta su imprenta propia, dieron a nuestra universidad un carácter insólito en la vida argentina. Baste decir que en aquel colegio secundario tuvimos profesores como Rafael Alberto Arrieta, Henríquez Ureña y Martínez Estrada.

Ernesto Sabato nació en Rojas en 1911 y murió en 2011 en Santos Lugares. Estudió en el Colegio Nacional Rafael Hernández de La Plata. Novelista, ensayista e intelectual. Su obra narrativa empezó con la novela *El túnel* (1948), a la que siguieron *Sobre héroes y tumbas* (1961) y *Abaddón el exterminador* (1974). Como ensayista publicó, entre otros, *Uno y el universo* (1945), *Hombres y engranajes. Reflexiones sobre el dinero, la razón y el derrumbe de nuestro tiempo* (1951), *Heterodoxia* (1953), *El escritor y sus fantasmas* (1963).

Jaime Sureda

Las librerías



Sureda, Jaime. *La Plata. La edad de mi infancia*. La Plata, Ramos Americana Editora, 1982.

En la calle 7 entre 55 y 56 estaba la librería “La Normal”, de don Martín García, más celebre por su dueño que por el material –excelente y de primer agua– que vendía. Es que don Martín, como todo el mundo lo llamaba, era un hombre exquisito, bondadoso, paciente, muy informado en materia de libros. Cuando don Martín, ante una pregunta sobre cómo era tal o cual libro que a uno le habían recomendado, hacía un leve y brevísimo mohín de disgusto, podía dejarse de leer ese título y olvidarlo para siempre. Tenía una vasta erudición en esa materia y un gusto certero para el hallazgo de novedades valiosas, además de una memoria fotográfica para acertar con los títulos y nombres de autores que se le consultaban. Había nacido librero, igual que su hermano Pedro, el de la librería “El Ateneo” de la calle Florida en la capital federal y en la cual don Martín trabajó un tiempo, para volverse nuevamente a La Plata, más a gusto con su temperamento. Fue el librero por antonomasia pero, además, un hombre fuera de serie por su carácter, su exquisitez, su conducta. Era riojano, español hasta los tuétanos y había hecho mucha amistad con mi padre que era –como ya he dicho– excelente lector. Además de venderle los libros, venía a visitarlo todas las semanas para jugar con él al ajedrez. Don Martín llegó a ser con el tiempo cónsul de la República española en La Plata. Para ese entonces él sobraba al título. Ya nuestra ciudad lo había declarado el ciudadano español por antonomasia y hasta en plena vejez se le rindió un homenaje en el Club Español de 6 y 54, en el que hablaron María de Villarino y don Ángel Ossorio y Gallardo que presencié conmovido ante aquel viejo extraordinario, pequeño y enjuto, al que nunca en mi vida le advertí el menor gesto de disgusto o de fastidio, pero en el que siempre abundó la sonrisa suave, la gentileza por ser útil y la paciencia para poder ser de provecho al ajeno.

Jaime Sureda (1912-1983) fue periodista y escritor de intensa actividad cultural en la ciudad. Fue socio fundador de la Sociedad de Escritores de la Provincia y se desempeñó como director de L.R.11 Radio Universidad y del diario *El Argentino* de La Plata. Entre sus libros figuran: *Elogio de la sordera* (1943), *Meditaciones del tranvía* (1948) y *La Plata. La edad de mi infancia* (1982).

Bruce Chatwin

Patagonia



Chatwin, Bruce. *Patagonia*. Colombia, Grupo Editorial Norma, 1996.

Tomé el tren a La Plata para visitar el mejor museo de historia natural de América del Sur .(...)

La Plata es una ciudad universitaria. La mayoría de las leyendas en las paredes eran reliquias del mayo del 68 local, pero otras eran insólitas: “Isabel Perón o muerte”, “Si Evita estuviera viva sería una montonera”, “¡Muerte a los piratas ingleses!” o “El mejor intelectual es el intelectual muerto”.

Un paseo de árboles me llevó junto a una estatua de Benito Juárez, que dejé atrás, hasta llegar a la escalinata del museo. Los colores nacionales argentinos, el “azul y blanco”, flameaban en el asta, pero un despliegue rojo de adhesiones a Guevara cubría la fachada clásica y el pedimento, amenazando con ocultar todo el edificio. Un muchacho con los brazos cruzados me dijo: “El museo está cerrado por diversos motivos”. Un indígena peruano que había viajado especialmente desde Lima para visitarlo se paseaba con aire deprimido. Los dos logramos avergonzarlo al punto que nos permitiera entrar.

Bruce Chatwin nació en Inglaterra en 1940 y murió en 1989. Periodista y experto en arte moderno. *Patagonia*, fruto de su viaje por el sur de Argentina, obtuvo en 1978 el premio Hawthornden y al año siguiente fue galardonada con el E. M. Forster. Es autor, entre otros libros, de *The Viceroy of Ouidah* (1980), *On the Black Hill* (1982) y *Utz* (1988).

Horacio Castillo

La Atenas del Plata



Castillo, Horacio. "La Atenas del Plata", en *Quo*,
año I, n° 1. La Plata, 1998.

La Plata ha merecido, a lo largo de los años, distintas denominaciones: Ciudad de las diagonales, Ciudad de los tilos, Ciudad de los poetas. Pero hay otra que, más allá de su apariencia retórica, expresa el espíritu que la alentó desde su fundación y que fue realidad en cierto momento: la Atenas del Plata. No es hinchazón romántica ni inflexión declamatoria. Lo griego, por lo pronto, inspiró la concepción misma de la ciudad, cuyo cuadrado fundacional constituye un tributo a la *divina proporción* y al concepto de *kosmos* (orden) elaborado por el Mito y el Logos. Aún más, esa adhesión quedó estampada en tres edificios claves y a través de los tres órdenes clásicos: el dórico en el Cementerio, el jónico en la Legislatura y el corintio en el Museo. Idéntico espíritu impregnó la plástica urbana, que reprodujo la Amazona de Fidias, el Discóbolo de Mirón y los luchadores de Creugas y Damóxeno, entre otras piezas escultóricas que sembraron el ejido.

Es verdad que en su aspecto edilicio prosperó la influencia renacentista y europeizante, pero sin perjuicio de ello –y así lo permiten apreciar viejas fotografías– La Plata parecía una réplica de la Atenas de Pericles. Sus palacios, sus avenidas, sus jardines, su arboleda, su estatuaria, remedaban esa *polis* sagrada, y hasta la Catedral trunca –como un Partenón sui generis– parecía rendida a dicha filiación estética. Tales connotaciones urbanísticas tuvieron pronto, con el advenimiento de la Universidad de Joaquín V. González, su correlato intelectual. No es casual que González modificara el sello de la Universidad reemplazando la alegoría de la ciudad –que aparece en los primeros esbozos– por la imagen de Atenea: la ciudad se ponía bajo la advocación de la sabiduría. Y así fue. La Plata se colmó de sabios, poetas, científicos, filósofos, músicos, pintores: Almafuerde, Ameghino, Ricardo Rojas, Arturo Marasso, Francisco López Merino, Pedro Delheye, Héctor Ripa

Aberdi, Ezequiel Martínez Estrada, Pedro Henríquez Ureña, Alberto Palcos, Arturo Capdevila, entre tantos más. Y más de uno, viendo caminar por la calle 7 al filósofo Alejandro Korn, debe haber evocado la imagen de Sócrates y sus discípulos.

Horacio Castillo nació en 1934. Publicó en poesía *Descripción* (1971), *Materia acre* (1974), *Tuerto Rey* (1982), *Alaska* (1993), *Los gatos de la Acrópolis* (1998), *La casa del ahorcado (Obra poética, 1974-1999)* y *Cendra*, entre otros.

Juan Martín Ramos Padilla

*Chicha. La fundadora de
Abuelas de Plaza de Mayo*



Ramos Padilla, Juan Martín. *Chicha. La fundadora de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires, Dunken, 2006.

Ese día amaneció caluroso, ya se sentía la llegada del verano. Durante la mañana, *Chicha* había dado clase y, en algún recreo, había aprovechado para leer el diario. El Liceo Víctor Mercante se había empezado a transformar en un foco de especial atención para los militares de la provincia que, como sabían que allí concurrían muchos jóvenes con ideas progresistas o de izquierda, o simplemente con pensamiento crítico, habían caratulado a la institución como un “foco de subversión”. *La Abuela* abría el periódico con cierto temor, ya que se le había tornado habitual derramar lágrimas, al enterarse de que algún ex alumno había sido asesinado por el terrorismo de Estado. Si bien los casos que se publicaban en el diario eran los menos, los desaparecidos del Liceo Víctor Mercante eran bastantes: al finalizar la dictadura, habrían desaparecido 48 estudiantes de aquel colegio, y además habría otras tantas víctimas entre profesores y ayudantes de esa casa de estudios. (...)

Al terminar la jornada de trabajo, se fue rápidamente a su hogar, en la esquina de las calles 44 y 21. Mientras viajaba en un taxi, volvió a mirar una pintada en una pared, que había visto algunos días antes y que le resultaba algo divertida. La inscripción decía: “Quino presidente”. Ella era amiga del humorista y le tenía un gran aprecio; además, muchos años atrás, cuando él todavía era un niño, había sido ella, después de los familiares, la primera persona en ver sus dibujos. (...)

Eran las doce y media del mediodía, cuando *Chicha* se sentó en el sillón de su living. Entonces se apresuró a seguir tejiendo una batita rosada que estaba haciendo para su nieta, con la idea de terminarla ese mismo día.

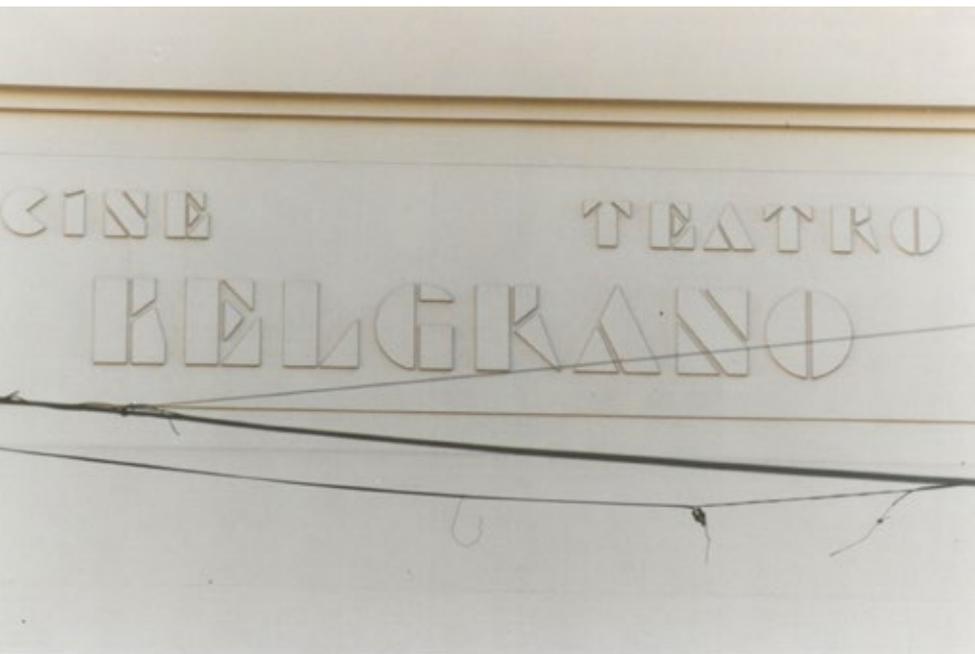
En el mismo momento, *Posky*, en la casa de la calle 30, se empilchaba para partir rumbo a la ciudad de Buenos Aires con el fin de encontrarse con el encargado de un hotel de Bariloche, que

estaba interesado en comprarle toda la producción de escabeche de conejo. Clara Anahí, por su parte, miraba el modo en que Diana preparaba milanesas para almorzar antes de ir a lo de *Chicha*. En eso, un comerciante llamado Eduardo José Díaz, pasó a cobrarle a Daniel unas mercaderías. Luego, los saludó a él, a Diana y a la beba, sin saber que sería la última persona en ver a los tres juntos.

Juan Martín Ramos Padilla nació en Buenos Aires en 1981. Periodista, colaboró en medios gráficos y fue productor y conductor de programas radiales.

Eduardo Faingold

Prólogo



Faingold, Eduardo D. *Diáspora y exilio. Crónica de una familia argentina*. La Plata, Al Margen, 2006.

(...) Volver y no reconocer los espacios físicos donde uno había crecido. Fue brutal descubrir que varios de los bares y otros lugares que más frecuentaba en La Plata y Buenos Aires, antes de tener que irme del país, ya no existen más.

Tengo muy buenos recuerdos de haber pasado horas solo o con amigos en el bar Don Julio, donde podía ratearme de la escuela en los días de lluvia y pasar la tarde leyendo, tomando submarinos y comiendo tostados. El cine Belgrano –hoy convertido en cochera– donde, cuando éramos pibes menores de 18, nos dejaban entrar a ver películas prohibidas y donde me rateaba con el gordo Toledo, mi compañero de clase que se enfermó y murió un año antes de terminar el bachillerato en el Liceo. El cine Select –hoy convertido en iglesia evangélica– donde íbamos a ver cine rock y cine arte en continuado de trasnoche, donde vi numerosas veces las películas *Woodstock* y *El fantasma del paraíso* y todas las de Fellini, Visconti y Antonioni. Los recitales en el club Atenas, donde escuché en vivo al flaco Spinetta, a Sui Generis, a Vox Dei, a Pappo y a otros famosos del rock nacional. La casa de juegos electrónicos y metegoles de Cáritas, siempre en penumbras, donde podía pasar todo el día jugando al *flipper*.

Recuerdo Libraco, una librería donde se podían comprar libros de economía y de política revolucionaria que eran difíciles de encontrar en otras librerías de La Plata. También aquella librería, cuyo nombre olvidé, que se encontraba en la calle 49 frente a la galería Rocha, donde compraba los libros de ciencia ficción de la colección Minotauro y literatura argentina y latinoamericana de la editorial Losada, y donde también iba a escuchar gratis los discos de rock que no podía comprar.

Eduardo D. Faingold nació en La Plata en 1958. Es Doctor en Lingüística de la Universidad de Tel-Aviv y Profesor Asociado en el Departamento de Lenguas de la Universidad de Tulsa en Oklahoma, EEUU. El libro citado es un testimonio de las experiencias vividas por su familia antes, durante y después de la última dictadura militar en Argentina.

Poesía

Alfredo Fernández García

Génesis



Fernández García, Alfredo. "Génesis", en Degiuseppe, Alcides. *Inicios literarios de La Plata*. La Plata, Fondo Editorial Bonaerense, 1980.

La Plata: piedra y nube. Alegoría
alzada en triunfo por el arduo anhelo
de paz fraterna en el nativo suelo
que fatigó el tropel de la Anarquía.

Génesis fabuloso... Todavía
al diapasón de su sereno vuelo,
para ti el verso más que el rascacielo,
ciudad de hoy, pretérita utopía.

La estampa de tu espléndida alborada:
los matices, los cantos, los aromas
de tu gama de verdes, ondulada

en caprichos de arroyos y de lomas:
son pastoril augurio de palomas,
remansos de la épica Ensenada.

Alfredo Fernández García nació en 1889. Desde muy joven ejerció el periodismo. Colaboró en los diarios *La Nación*, *El Día* y *El Argentino*. Escribió poesía (*Libro sentimental* de 1912, *Lámpara del recuerdo* de 1923, *Árboles y huella* de 1952) y ensayos, entre los que se destaca *Aire crepuscular*, del libro dedicado a Francisco López Merino: *López Merino y su mundo poético 1904-1954*.

Enrique Rivarola

A Dardo Rocha



Rivarola, Enrique. "A Dardo Rocha", en Degiuseppe, Alcides.
Inicios literarios de La Plata. La Plata, Fondo Editorial Bonaerense,
1980.

Exegi monumentum

Horacio

¡Erijase perenne monumento!
¡Logre el bronce inmortal glorificarte
y a los futuros siglos transportarte,
magnífico en la acción y el pensamiento!

¡Hondo, muy hondo, cávese el cimiento,
que en alto pedestal han de admirarte;
vibre rítmico son para alabarte;
flamee el patrio pabellón al viento!

Bajo el arco triunfal pasen cantando
las multitudes, y esparciendo flores
digan, tu excelsa vida recordando:

Fundó nuestra ciudad; grande en la idea,
supo luchar sin odios ni rencores...
Un héroe en la paz: ¡Bendito sea!

Enrique Rivarola nació en Rosario en 1862 y murió en la ciudad de Santa Fe en 1931. Enseñó en la Facultad de Derecho de La Plata. A los 19 años publicó su primer libro de poesía, *Primaverales*, y dos años más tarde, el segundo, *Nuevas hojas*. También escribió novelas: *Amar al vuelo* (1882), *Mandinga* (1895) y *Meñique* (1896).

Eduardo O. Zapiola

Plaza Italia, de La Plata



Zapiola, Eduardo O. "Plaza Italia, de La Plata", en *La Plata a través de 50 años. 1882-1932*. La Plata, Municipalidad de La Plata, 1932.

Eres para el amor, cordial paraje
Y para el soñador, casto retiro.
El viento se hace brisa en tu ramaje,
Y la brisa decrece hasta el suspiro.

En tu regazo mi emoción se ampara
Palpitando como ímpetu veloz.
El alma, anohecida, se me aclara,
Tornándose más límpida mi voz...

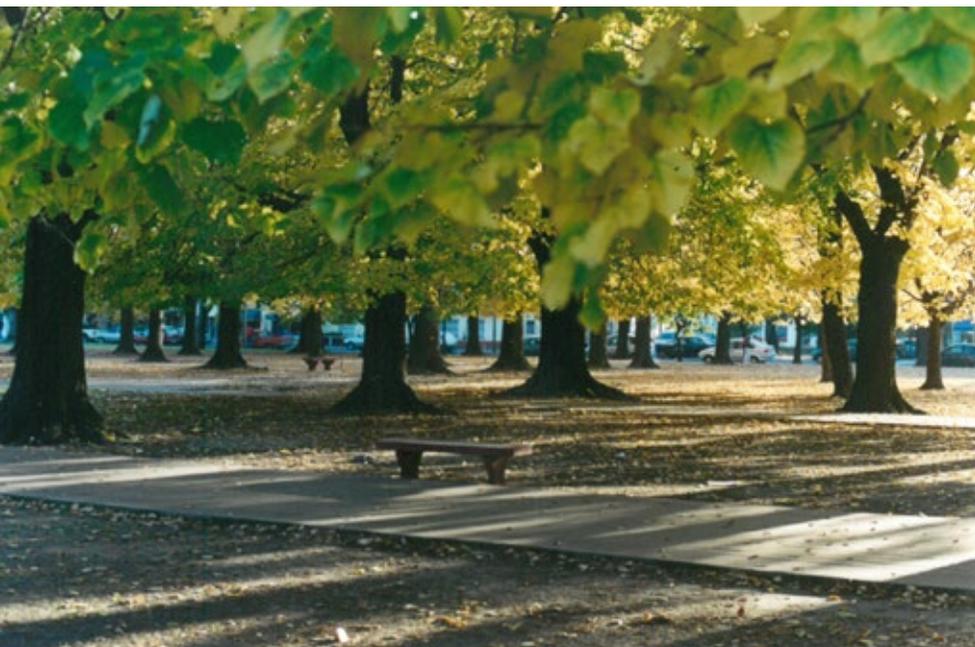
Plaza Italia: me apoyo en el consuelo
De que posees en distinto cielo,
Otra luna, otro sol, otras estrellas...

Y cruzan tus senderos milagrosos
Los hombres que nacieron bondadosos,
Y la mujeres que nacieron bellas.

Eduardo Octavio Zapiola. Escritor platense. Publicó varios libros de poemas: *La canción de los niños* (1924), *Cuentas de vidrio* (1925), *Responsos* (1929), *Magia blanca* (1932), *Supervivencia* (1945) y *Pasión de soledad* (1947). También publicó *Amado Nervo: su vida, su calvario, su muerte* (1931), *Santiago Rusiñol y su obra "El Místico"* (1934), *La eterna diablada (Visión escénica)* (1934) y *Destino* (1959). En 2001 fue declarado Ciudadano Ilustre por la Municipalidad de La Plata.

Baldomero Fernández Moreno

Tilos de la calle 7



Fernández Moreno, Baldomero. "Tilos de la calle 7", en *Vida espiritual en La Plata*. Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1982.

Tilos, tilos, tilos,
de la calle 7.

Universos de hojas,
ramazones tenues.

El sol os ataca
pero se detiene.

La luna, la luna,
hace lo que puede:

llega, os acaricia,
recoge su veste.

Os miró Ameghino,
os rozó Almafuerite.

Bajo vuestro verde
es todo celeste:

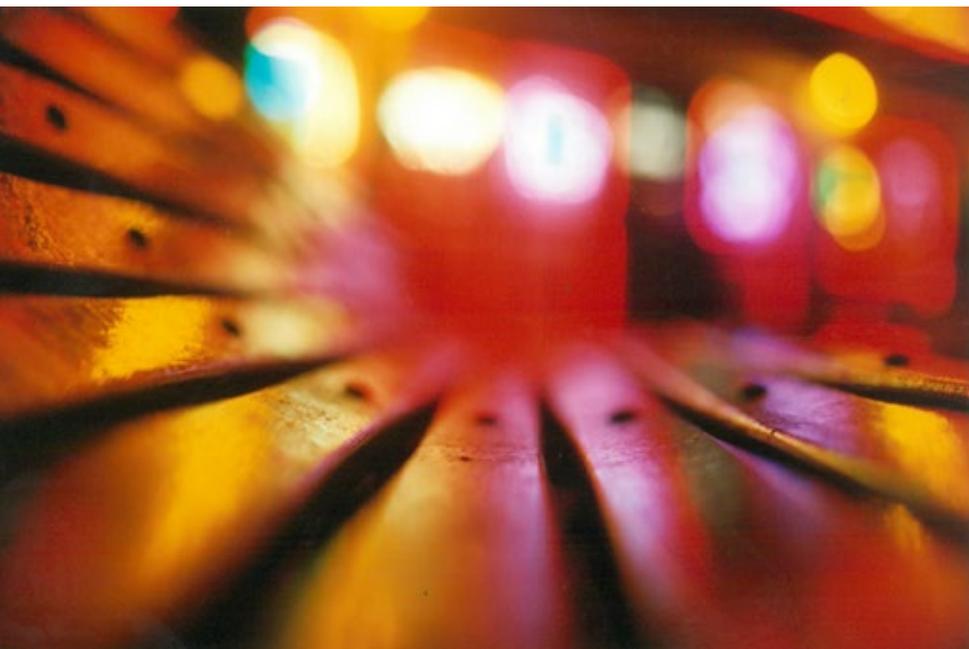
vender loterías,
besar una frente.

Mientras todos giran
helados y ardientes.

Baldomero Fernández Moreno nació en Buenos Aires en 1886. Entre su nutrida obra poética se destacan *Las iniciales del misal* (1915), *Ciudad* (1917), *Versos de Negrita* (1920) y *Sonetos* (1929). Murió en 1950. El poema transcrito está fechado en 1949.

Pablo Navajas Jáuregui

Nocturno



El poema nunca fue publicado por su autor, quien solía recitarlo en bares de la ciudad.

Noche. La Plata. En el centro
cuatro gatos, algún cuzco,
nunca encuentro a los que busco,
nunca busco a los que encuentro.

Con la procesión por dentro
suelo empero hacer el chusco,
con cautela me conduzco
y en ciertos sitios no entro.

Cómo añoro las metrópolis,
Roma, Atenas y su Acrópolis,
Madrid, París, vida, mitos,

La Plata y sus pobres mozos,
ciudad de amigos gravosos
y de enemigos gratuitos.

Pablo Navajas Jáuregui fue un bohemio de la noche platense de mediados del siglo XX. No publicó ningún libro.

Lucrecia Silva Noceda

La Catedral



Silva Noceda, Lucrecia. *El aire y la paloma (Poemas)*.

Municipalidad de La Plata, 1959.

Reveladora gracia de la ojiva
que en festival de luz busca la altura
y en celestial y altísima estatura
halla la forma pura que cautiva.

Ardiente monte, vía perfectiva,
fresco panal de mirra y viva holgura
pontifical mayor de la ventura
para el amor de la alta tentativa.

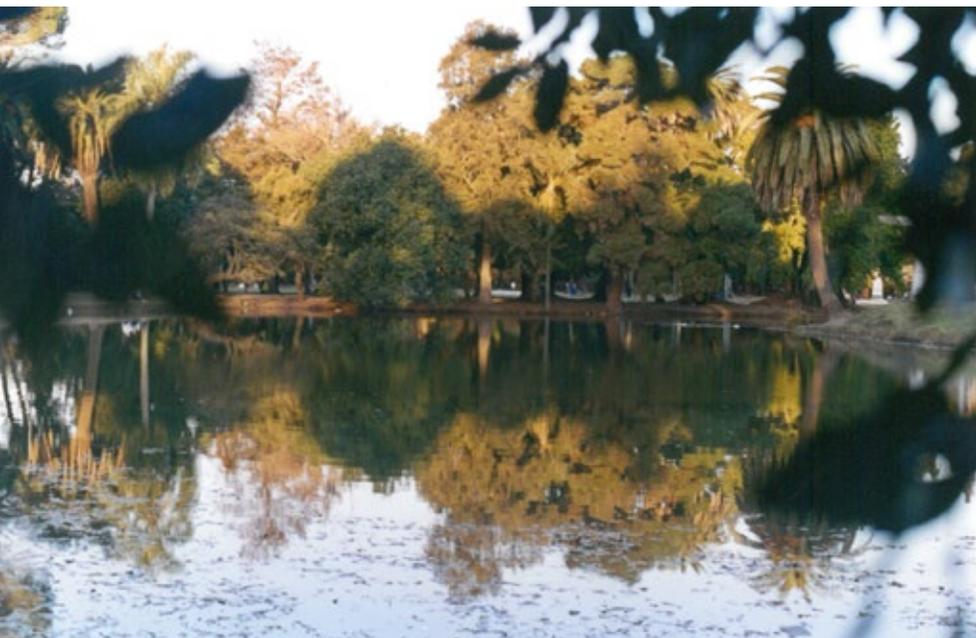
Señoreador castillo que fulgura.
Muro, vitral y áurea arboladura
y ascensional paloma fugitiva...

Y en el coral de mística dulzura
el poderoso cántico se aviva
con esplendor de llama hacia la Altura!

Lucrecia Silva Noceda nació en La Plata. Su libro de poemas *El aire y la paloma* (1959) fue editado en una colección publicada por la Municipalidad de La Plata a fines de la década del cincuenta, que reunía a poetas representativos de esa época.

Juan B. Zibechi

A la ciudad de La Plata



Zibechi, Juan B. *Lámpara votiva*. Municipalidad de La Plata, 1959.

Naciste como Palas armada y sin rivales,
tu cuna fue la pampa soledosa y esquiva
mas coronó tus sienes, olivo y siempreviva
y alegran tus mañanas calandrias y zorzales.

Cercaron tu grandeza florestas y trigales,
tus habitantes labran gozosos y tranquilos
la cultura y la riqueza que aroman esos tilos,
filantes en la recta de vastos diagonales.

Te dio Blasón de Plata tu padre El Señor Dardo,
y brilló en tus ágoras el más glorioso bardo,
de la armoniosa lengua del lírico Cervantes.

Tu Catedral insigne que va con paso tardo;
tu bosque esplendoroso que se alza como un nardo
para sabios y obreros y jóvenes amantes.

Juan B. Zibechi nació en La Plata. Perteneció a la generación del 50 y publicó un libro de poemas, *Lámpara votiva* (1959).

Carlos Albarracín Sarmiento

Fundación de La Plata



Albarracín Sarmiento, Carlos. "Fundación de La Plata", en *Contemos La Plata: para saber cuánto valemos*. La Plata, La Comuna ediciones, 2001.

Para fundar una ciudad es necesario,
simplemente, una calle.
O más bien una puerta de calle y un balcón.
Lo demás se hace solo, ya sabemos.
Una vereda que se desenrosca y se muerde la cola.
Unos árboles bien ejercitados
para que anden en busca de una plaza
y después los vecinos fundadores
con barbas en el palco y las banderas.

Carlos Albarracín Sarmiento nació en La Plata en 1926 y murió en 2009. Es autor de los libros de poemas *Versos, preversos, poesía pervertida* (1960) y *Aquí andamos* (1990). Ha publicado además el monólogo dramático *Juana la Loca* (1963), el poema dramático *Edipo* (1976) y el estudio crítico *Estructura del Martín Fierro* (1981). Fue alumno de Ezequiel Martínez Estrada y realizó su doctorado en Filología Hispánica bajo la dirección de Rafael Lapesa.

Gustavo García Saraví

Las calles de La Plata



García Saraví, Gustavo. *Libro de quejas*. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1972.

Según se sabe,
La Plata tiene
calles con números
como las grandes capitales:
Azul, New York, Mercedes y otras.

Igual que una ruleta
con diagonales, jockeys, eucaliptus
y, sobre todo,
memorias de sus tardes con mateos, tranvías,
cursos de nardos y señores
que recuerdan los viejos: Benito Lynch, Mendióroz,
López Merino y los famosos médicos
Mengano y Perengano.

Igual que una ruleta,
explicaba, la calle 7
es colorada,
la 13 negra (por supuesto)
y la 21 colorada, como
la 38
y la 47, con sus dulces naranjos
amargos.

Yo –pongamos por ejemplo– perduro
en 125 esquina
negro el 61,
lo que resulta divertido
y altamente azaroso. Claro está
que estas apreciaciones (y algunos nuevos nombres
que anoto: Petorutti, Ameghino, Speroni)

son subjetivas
y muchos habitantes-jugadores discuten
por el color de las arterias pares,
la diagonal 74
o si la Plaza Cero es añil o verdosa.

De cualquier modo, sólo deseaba
mencionar al azar algunas cifras
y direcciones:
el poeta Mux vive
en colorado el 22,
Rolando Venturini en negro el 8
y los cuarteles
(utilísimos) quedan en la intersección de
51 negro y muchachito.

Y ya que estoy en este crucigrama
no deseo olvidarme de otros signos:
sección A, 2 y 124.
Es un lugar en las afueras. 2
y 124 negros, lógicamente.
Hay unos pocos árboles y es triste.
Queda en el cementerio. Allí yace enterrada
mi pobre madre y ya, tal vez,
un poco de mí mismo.

Gustavo García Saraví nació en La Plata en 1920 y murió en Buenos Aires en 1994. Entre sus libros de poemas pueden mencionarse *Con la patria adentro* (1964), *Del amor y otros desconuelos* (1968, con prólogo de Jorge Luis Borges), *Libro de quejas* (1972), *Ensayo general* (1980), *Obras completas* (1981), *Vale la pena* (1987) y *Coto de caza* (1991).

Rafael Felipe Oterriño

El bosque de La Plata



Oteriño, Rafael Felipe. *Campo visual*. Buenos Aires, Carmina, 1976.

I

El bosque espera como una invitación,
esperan los árboles que caen en las tormentas
y los insectos que desde la cama imaginamos pulular,
[arrastrarse.

El lago se abre a los pies y se agita sólo en lo profundo:
la superficie miente, abajo yacen peces sin párpados
que mueven sus aletas sin cesar,
que abren y cierran sus bocas sin cesar.
Hay rostros que duermen y, como un lujo de la estirpe,
un día parecen despertar, y sonreír, y querer hablar.
tenemos que llegar al bosque para hallarlos
y comprender que ahora seguimos nosotros,
que ahí quedan ellos.

Es el laberinto de la especie
que mide, borra, elabora, analiza, combina, separa, despierta,
y es atroz si no sabemos contenerlo:
si cruzamos bosques poblados de sombras
o miramos, con terror, lagos de donde ascienden fantasmas
[adorados.

II

En la infancia, perdido allí,
detenido entre flores extravagantes
como un Marco Polo embelesado que no regresa,
debe estar el secreto;
a un lado, la Ciudad que duerme,
al otro, el Bosque que (sabemos) no duerme.

Rafael Felipe Oteriño nació en La Plata en 1945. Ha publicado los libros de poemas *Altas lluvias* (1966), *Campo visual* (1976), *Rara materia* (1980), *El príncipe de la fiesta* (1983), *El invierno lúcido* (1987), *La colina* (1992), *Lengua madre* (1995) y *El orden de las olas* (2000).

Estela Calvo

Teatro Argentino (18-10-1977)



Calvo, Estela. "Teatro Argentino", en: <http://cbm.laplata.gov.ar/aep/escritores/calvo>

Vinieron a buscarlo
las bramas de la luna
para enhebrar con sus cenizas
un arco iris de fragor y angustia.

Para robar sus ecos
Y abrasarlos
más allá del espacio
donde Dios ilumina.

Vinieron los espejos australes
De la luna para copiar
Sus ídolos de incienso
sus secretos
sus fugas.

Y las voces
ceñidas de leyenda
amusadas al tiempo,
entonaron astillas
en su sombra.

Vinieron a buscarlo
los codiciosos duendes
de la bruma
para hurgar
su misterio de belleza.
Y su historia
y su alcurnia
y se trizó
la felpa de su sangre

y un corazón de luces
herido en el desierto de la tarde,
gimió en silencio y se partió
en penumbras...

Vinieron a buscarlo las claves
de la luna para instaurar su pulso allí,
donde la muerte tiene
sonido
forma
ardor
textura.

Tierra del alma
donde la eternidad callada
buscaba desde siempre
la raíz encendida de la música.

Estela Calvo de Reca nació en La Plata en 1931 y murió en 1995.
Publicó *Rastros y rostros de La Plata* (1982) y *Terapia Intensiva*
(1988).

Oswaldo Durán

La Plata, mi terruño



Durán, Osvaldo. *Tiempos del canto*. La Plata, 1981.

Ayer no más naciste con sangre de campiña,
Ciudad de historia clara.
Idea fuiste un tiempo, acaso un tiempo, acaso un sueño
Que el hombre madurara.
De pronto en la pradera tumultuaria de cantos
Advinieron tus casas,
Y te esparciste en calles donde habitaban liebres
Perdices sibilantes, duras malezas pampas.
Tu nombre mineral, tu cristalino
Nombre forjado fue con luna y agua
Y despierta un aupado sentimiento
Tu metálico nombre de La Plata.
Ayer no más naciste, todavía
Un sabor de campiña te acompaña
Y acaso en tus orillas aún se escuche
Un canto de calandria.
Ayer no más naciste, todavía
Nombrándote mañana,
Y tu nombre de río y de llanura
Será azarbe o montaña.
Ayer no más naciste, todavía
Sonríe tu esperanza.

Oswaldo Durán (1902-2004) nació en La Plata. Fue uno de los creadores de la Agrupación Bases que rescató la Casa de Almafuerte, actuó en distintas instituciones y colaboró en periódicos de la ciudad. Publicó siete libros de poesía: *Mundo íntimo* (1928), *Dando* (1944), *Cotidiana Voz* (1959), *Con la palabra entera* (1973), *Tiempos del canto* (1981), *Hojas y vilanos* (1988) y *La última luna* (1998). Falleció un mes antes de cumplir 102 años.

Oswaldo Ballina

El músico de la glorieta



Ballina, Osvaldo. *Ceremonia diurna*. La Plata, 1984.

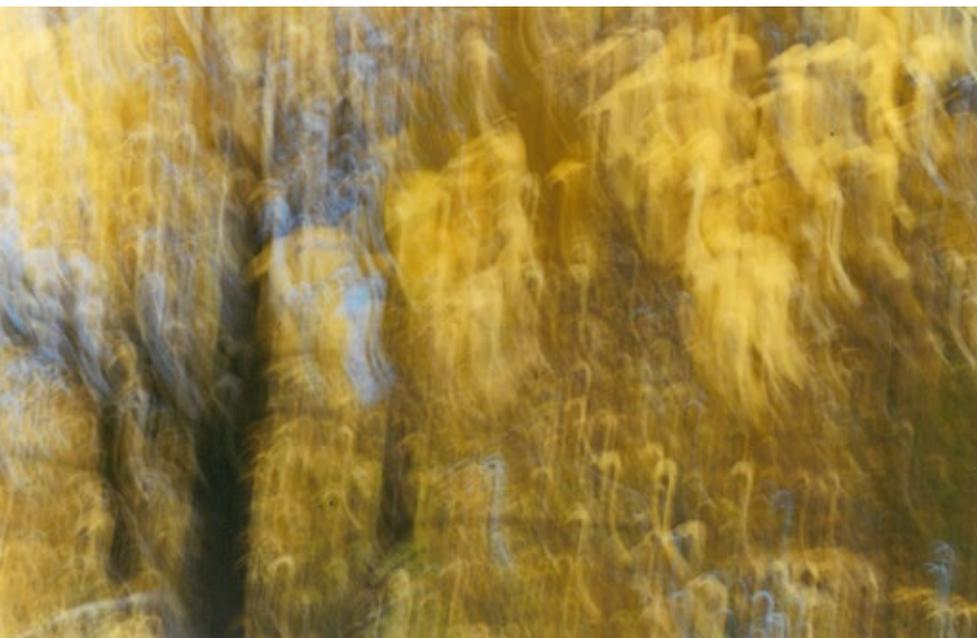
Yo tuve, entre otras fábulas,
un abuelo zapatero y músico.
Venía de la pobreza y del mar más azul.
Por la mañana cuidaba su huerta
como un humilde profeta que se ordena
ajeno a todo vacío despiadado.
Cuando caminábamos entre sus durazneros
a veces callaba de repente y confesaba:
“Donde yo nací, al alba, la ciudad
se refleja en el agua cuando es primavera”.
Leíamos juntos a Robinson Crusoe
y las tardes del domingo eran su fiesta
tocaba en la banda de la glorieta de la plaza.

Eran otros tiempos y otros afectos, se dirá.
Pero las mismas magnolias perfuman el mismo espacio.
La glorieta ha muerto, no el músico.
Sus estrellas natales cantan allí
invisibles, dulces y obstinadas
sin más deseo que durar en sí mismas;
como una buena conciencia
que devora inmune los venenos efímeros
cuando todo parece morir a nuestro alrededor.

Oswaldo Ballina nació en La Plata en 1942. Es autor de los siguientes poemarios: *El día mayor* (1971), *Esta única esperanza contra todo* (1973), *Aún tengo la vida* (1975), *En tierra de uno* (1977), *Caminante en Italia* (1979), *Diario veneciano* (1982), *Ceremonia diurna* (1984), *La poesía no es necesaria* (1986), *La vida la más bella* (1988), *Sol que ocupa el corazón* (1991), *Sondas* (1992), *Final del estante* (1994), *Verano del incurable* (1996), *Confines* (1998), *El viaje* (2000), *Apuntes del natural* (2001), *El caos luminoso* (2002), *Al dios que sea* (*Obra poética, 1971-2003*) y *Oráculo para dones fatuos* (2006).

Emilio Pernas

Otoño



Pernas, Emilio. *Enverso*. La Plata, Al Margen, 2003.

Un día el aire huele a níspero
y al poco rato a leño humeante.
El frío nuevo cala las albahacas
y hasta se siente humedad bajo la parra.

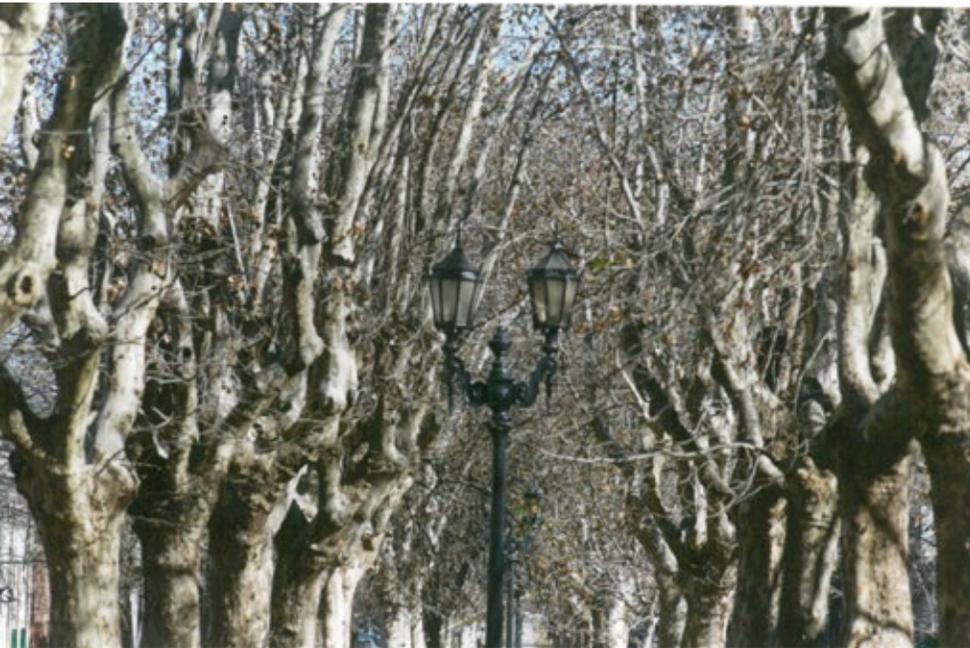
Este es el otoño en casa.
Sábado. Solo.
El vino lleva al alma antiguos pensamientos.
No yo, es el vino el que extraña.
Una mujer.
Mi madre, quizás, hecha muchas madres más.

Aquí, en esta ciudad de La Plata,
el otoño tiene esas cosas de viejos.
Se recuerdan otros años sin tantas humedades,
otros tiempos de escuelas y de sol, de hojas secas
y de libros y miradas,
de guardapolvos y polleras escocesas
con los que, después del verano, empezaban las clases.

Emilio Pernas nació en La Plata en 1928 y murió en la misma ciudad en 2006. Fue periodista, publicitario y librero. De convicciones socialistas, dirigió el Centro Socialista "José Luis Romero". Publicó *Algo que decir* (1998) y *Enverso* (2003).

Néstor Mux

Expresiones de deseo



Mux, Néstor. *Papeles a consideración*. City Bell, Libros de la talita dorada, 2004.

Los recuerdos también
son de naturaleza provisoria.
Una llovizna amable
bajo los árboles de la calle 53.
El reloj estival que me diste
y que sin sentido aparente
llevo en la muñeca.
Olores tuyos que se las arreglan
para acompañarme. Lámparas secretas
que nos escucharon en lo más alto
y en lo más común de nosotros.

Has vuelto a tus tareas,
a las confrontaciones, a la ciudad,
a los otros.

Ojalá el invierno no sepa extraviarte.

Néstor Mux nació en La Plata en 1945. Publicó numerosos libros de poemas: *La patria y el invierno* (1965), *Nosotros en la tierra* (1968), *Cartas íntimas para todos* (1974), *Como quiera que sea* (1978), *Perros atados* (1982), *Poemas* (1985), *Poesía reunida* (1986) y *Papeles a consideración* (2004).

César Cantoni

Aquí vivió Almafuerte...



Cantoni, César. *La salud de los condenados*. La Plata, 2004.

Aquí vivió Almafuerite.
Esta ciudad no es Hollywood,
con sus verdes colinas cinematográficas.
Esta ciudad tampoco es Roma,
donde el tiempo discurre entre fuentes y cariátides.
Esta ciudad no es la nueva Belén:
La Segunda Venida no tendrá lugar en ella.
Esta ciudad no es el centro del mundo, no,
pero es la ciudad que me cobija.
Aquí vivió una vez el poeta Almafuerite.
Aquí, a menudo, escucho su voz insoslayable,
su voz que llega en el viento de remotos días
y es como una feroz, implacable conciencia
que no admite disculpas, una ética excluyente,
por lo que yo le digo: “Maestro,
bienvenido sea su canto aunque nos duela.
Usted fue el primero en recoger la leña y encenderla;
ahora nosotros debemos preservar el fuego”.

César Cantoni nació en La Plata en 1951. Publicó *Confluencias* (1978), *Los días habitados* (1982), *Linaje humano* (1984), *La experiencia concreta* (1990), *Continuidad de la noche* (1993), *Cuaderno de fin de siglo* (1996), *Tiempo de lo real* (2001) y *La salud de los condenados* (2004).

Guillermo Lombardía

XIII



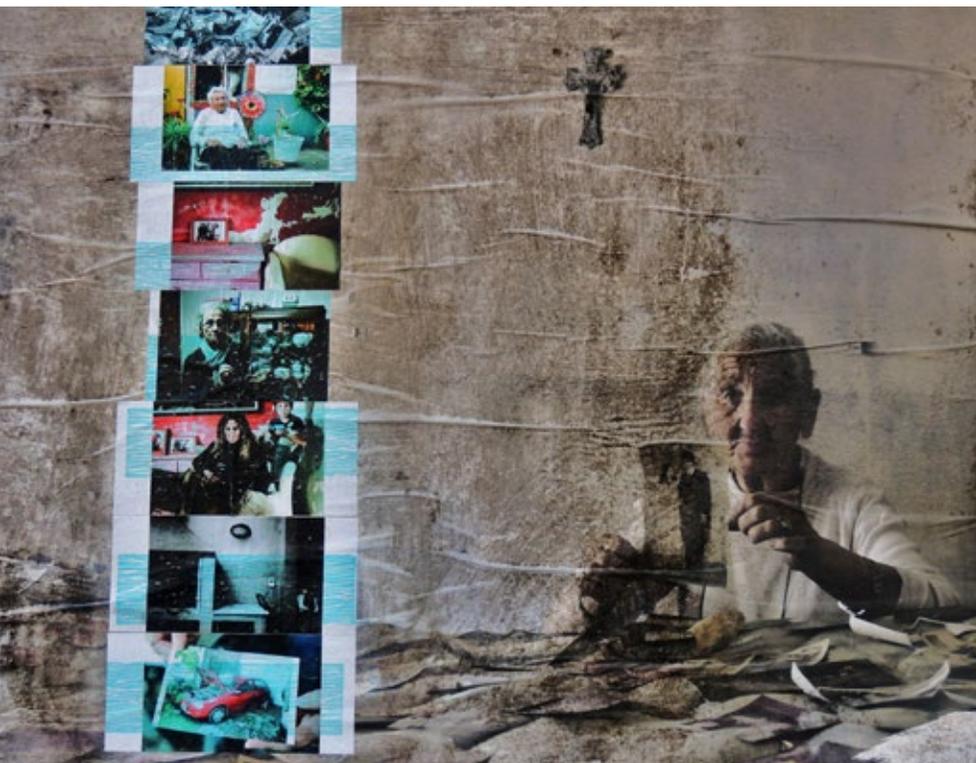
Lombardía, Guillermo. *Mi Marilyn*. Buenos Aires, Ediciones
Último Reino, 2005.

Ahí está ella ahora con su melena de oro
caminando a mi lado por la Plaza Moreno fascinada
por los tanguitos reos que le canto
y que la llevan sin escala a la infancia,
a su niñez del sur, a la casa paterna,
al edén que duerme en su memoria.
Allí estará ella eternamente:
en la lágrima-perla que rueda por su rostro
cuando lee el retrato de Maú
y siente que por fin
alguien consigue atravesar la línea Maginot,
correr el velo que oculta su tesoro,
comprender su miedo atroz a la locura
y acariciar sonriendo su dolor ancestral.

Guillermo Lombardía nació en Avellaneda en 1952. Publicó tres libros de poemas en Ediciones Último Reino: *El juego insensato*, *Eterna marea* y *Mi Marilyn*.

Eric Schierloh

Nilda Luján Godoy



Schierloh, Eric. "Nilda Luján Godoy", en *La Plata Spoon River. Antología sobre la inundación*. Compilado por Julián Axat. La Plata, Libros de la talita dorada, 2014.

el aura del agua
la luz en las sombras del agua
el canto del gallo y el agua
el aroma del pan y el agua
la piel del nieto y la lluvia en los techos fríos
la sombra del árbol en el agua del río
el agua de la tierra húmeda de rocío
la mano tendida del amigo
el pelaje del animal dormido
el son de las agujas y la lana mansa
mansa como la telaraña
 que ahija las gotas del alba
mansa como el agua clara
el viento frío colado por los juncos del río
el abrazo del hijo los hijos
el recuerdo de los muertos mis muertos
la distancia infatigable del barro
 en el celo de la furia del frío
los sueños los teros y el corazón sentido
 con las lágrimas que son el agua
 de la vergüenza el odio y la alegría el agua
el agua el frío y el cuerpo tendido
sobre las hojas de abril en el brillo del agua
las horas quietas de la espera mansa
los pájaros el agua el pan y el vino
el nieto el agua y el animal dormido
la sombra en los trazos del aura del frío
y la lluvia que es el agua que algún día será el río
 el agua clara el agua mansa
y los juncos que no miden el tiempo del agua y el río
 y que son la memoria de todo esto
y los besos perdidos

los besos y el agua clara
todos los besos
que me llevó el agua

Eric Schierloh nació en La Plata en 1981. Es escritor, traductor y editor. Publicó libros de poemas y cinco novelas. Su novela *M* (2019) obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes. Dirige la editorial artesanal Barba de Abejas.

Narrativa

Arturo Cancela

*Historia funambulesca del
Profesor Landormy*



Cancela, Arturo. *Historia funambulesca del Profesor Landormy*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944.

Capítulo Primero: De cómo el doctor Aristóbulo
Juvenal Izquierdo fue misteriosamente herido en el ojo
del lado homónimo

En un segundo, su memoria lo llevó hasta aquella mañana aciaga, seis años atrás, en que, erguido en su sitial de presidente de la Universidad de La Plata, creía haber vencido, por la magia de su palabra, la protesta tumultuosa de los muchachos, cuando sobrevino lo inesperado: aquel golpe misterioso que le había quitado el sentido.

Sólo recordaba que al volver en sí, oyó una voz en las tinieblas, que decía:

–No es nada lo del ojo... y lo llevaba en la mano...

Creyéndose en el dormitorio de su casa y que la voz venía de la calle, alzó la cabeza y abrió los ojos, pero no pudo ver nada, y unos dedos huesudos le oprimieron la frente, forzándolo a recostarse:

–¡ Quieta la pensadora!

Reconoció la voz y el estilo del Dr. Roncoroni (Amadeo Victorio), profesor de la Escuela de Medicina y oculista eminente, y poco después fue rememorando que estaba presidiendo la Asamblea Electoral para la renovación de las autoridades de la Universidad y que al anunciarse el resultado de la votación, los estudiantes habían prorrumpido en gritos hostiles. Entonces, él había tomado la palabra y dominado el tumulto. Viva tenía aún la impresión de su triunfo, pero más allá de esa llamarada jubilosa, era la nada, el vacío, el silencio, la muerte. (...)

Entretanto, la turbamulta estudiantil –que al ver caer al presidente de la Universidad había evacuado el recinto– iba en procesión por las diagonales de La Plata, antecedida y seguida por la caballería policial, tremolando al frente la bandera argentina,

cantando el himno y, en los intervalos entre una audición y la otra, marcando la cadencia de su marcha triunfadora con el grito unánime de: Un, dos, tres: ¡Pum en el ojo!... Un, dos, tres: ¡Pum en el ojo!... Un, dos, tres: ¡Pum en el ojo!... (...)

Uno tras otro fue despachando así a los [pesquisantes] restantes, cada uno con una misión distinta, pero dirigidas todas a lo mismo, de modo que al quedarse solo, el comisario podía envanecerse de haber tendido una red espesísima sobre la vida íntima del notorio orador.

Satisfecho con este pensamiento, encendió un toscano y aspirando deleitosamente sus acres emanaciones se fue a pie, sin premura ninguna, por las calles de La Plata, hasta el edificio del Jockey Club, donde presumía que debía estar almorzando el juez.

Arturo Cancela nació en Buenos Aires en 1892 y murió en 1957. Narrador, humorista, periodista y autor teatral. El humor característico de su escritura fue visible desde su libro *Tres relatos porteños* (1922). Publicó también *Cacambo* (1920), *El burro de Maruf* (1925), *Palabras socráticas a los estudiantes* (1928), *La mujer de Lot* (1939) e *Historia funambulesca del Profesor Landormy* (1944). En *Film porteño* (1933) recopiló sus crónicas para *La Nación*. También colaboró en *Nosotros*, *La vida literaria* y *Martín Fierro*.

Pilar de Lusarreta

Niño Pedro



De Lusarreta, Pilar. *Niño Pedro*. Buenos Aires, Kraft, 1955.

Tres meses más tarde Debucourt-Vernet llegó radiante a la casa de su prometida. Acababa de ofrecérsele la oportunidad que había estado esperando.

—¿El Canal de Panamá?

No, no. Una empresa constructora, Lavalle, Medici y Cía., de la *République Argentine*, le hacía proposiciones tentadoras: colaborar con el ingeniero Waldorp en el proyecto y apertura de un puerto —el más grande del mundo— en la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, La Plata. Una obra grandiosa, una aventura apasionante, un casamiento por amor. (...)

A comienzos de 1885 estaban ya instalados en La Plata.

Es lo común que las ciudades comiencen por ser aldeas o caseríos, que crezcan y prosperen poco a poco; que alcancen madurez con los años; belleza con los siglos; fisonomía y nobleza con la historia. La Plata fue al revés. Primero los palacios, las estatuas, los monumentos. Antes de existir, la propaganda oficialista la calificaba ya como ‘ciudad del porvenir’ y ‘capital perfecta’. Sobre el bloque de piedra del Azul, enterrado el 19 de noviembre de 1882 en las Lomas de Tolosa, se hicieron predicciones: ‘Grande, próspera, bella, eterna’.

La Plata había nacido adulta y sin pasado, como Adán. (...)

Con la gruesa cartulina en las manos, Marianne enarcó las cejas;

“Amadeo Benjamín Lagrange, *participa a usted y su familia su efectuado enlace con la señorita Amelia Porro y le ofrece su casa, 8 N° 96*”.

—Calle 8 —repitió mentalmente Marianne—, pero ¿no es la casa de los Enciso?

La esposa de Lagrange era una criatura insignificante, que no pertenecía a la colectividad francesa ni era de La Plata. (...)

La casa le cayó, como suele decirse, en los brazos, por una bicoca. Era sobria y amplia, de las que se edificaron en La Plata al mismo tiempo que se trazaban las calles. Tres ventanas de rejas a cada lado del portal de roble, ahora deslustrado, en cuyas hojas dos cabezas de león sostenían sendas anillas en las fauces. El umbral mostraba una grieta sinuosa como la várice de una pierna enferma; la balaustrada de la azotea dejaba ver el alma de hierro de algunos pilares. Doce años de abandono le daban un aire trágico y misterioso.

Pilar de Lusarreta (Rojas, 1903 – Buenos Aires, 1968) fue narradora y dramaturga. En 1955 obtuvo el premio anual de la editorial Kraft por la novela *Niño Pedro*. Publicó su primer libro de cuentos en 1928, *Job el opulento*. Escribió cuentos reunidos en *Celimena sin corazón* (1935) y *El manto de Noé* (1964), y la novela *Potro blanco* (1960). También publicó varias obras de teatro, una de las cuales, *El culto de los héroes* (1939), fue escrita en colaboración con Arturo Cancela.

Rodolfo Walsh

Prólogo a Operación masacre



Walsh, Rodolfo. *Operación masacre*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1986.

La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nimzovitch que de Aramburu y Rojas, y la única maniobra militar que gozaba de algún renombre era el ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura siciliana.

En ese mismo lugar, seis meses antes, nos había sorprendido una medianoche el cercano tiroteo con que empezó el asalto al comando de la segunda división y al departamento de policía, en la fracasada revolución de Valle. Recuerdo cómo salimos en tropel los jugadores de ajedrez, los jugadores de codillo y los parroquianos ocasionales, para ver qué festejo era ese, y cómo a medida que nos acercábamos a la plaza San Martín nos íbamos poniendo más serios y éramos cada vez menos, y al fin cuando crucé la plaza, me vi solo, y cuando entré a la estación de ómnibus ya fuimos de nuevo unos cuantos, inclusive un negrito con uniforme de vigilante que se había parapetado detrás de unas gomas y decía que, revolución o no, a él no le iban a quitar el arma, que era un notable Máuser del año 1901.

Recuerdo que después volví a encontrarme solo, en la oscurecida calle 54, donde tres cuadras más adelante debía estar mi casa a la que quería llegar y finalmente llegué dos horas más tarde, entre el aroma de los tilos que siempre me ponía nervioso, y esa noche más que otras.

Rodolfo Walsh nació en Choele Choel (hoy Lamarque, provincia de Río Negro) en 1927. El 25 de marzo de 1977, fue atacado a balazos y secuestrado por un grupo de tareas de la ESMA en Buenos Aires, mientras depositaba en buzones su

"Carta abierta de un escritor a la Junta Militar". Era narrador, periodista, traductor y militante del peronismo revolucionario. Estudió Letras en la Facultad de Humanidades de La Plata. En 1953 publicó su libro de cuentos, *Variaciones en rojo*, editado por Hachette, empresa donde trabajaba. En 1957 apareció *Operación masacre*. Luego publicó *El caso Satanowsky* (1958), los cuentos de *Los oficios terrestres* (1965) y *Un kilo de oro* (1967) y en 1969, *¿Quién mató a Rosendo?* Sus dos obras de teatro *La batalla* y *La granada* fueron escritas en 1964.

Manuel Puig

La traición de Rita Hayworth



Puig, Manuel. *La traición de Rita Hayworth*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.

I. En casa de los padres de Mita, La Plata 1933.

Le voy a escribir a Mita diciéndole que si está en La Plata, y mejor que mejor si está empleada en la Universidad, puede inscribirse en la Facultad de Letras como quería ella. (...)

–¿Dónde dan la película de Carlos Palau?

–Es estreno, en el Select.

–Cuando la den más barata la quiero ver. (...)

–Si Mita se consiguiera un empleo en la Facultad podríamos encontrarnos a la salida de mi oficina. Cuando veo las ventanas de la Biblioteca al pasar no hay vez que no me acuerde de Mita.

–Pensar que después de todas las horas estudiando sus materias todavía tenía ganas de meterse ahí con Sofía.

–A leer más todavía, Mita tiene una vista de hierro.

–A leer novelas.

–Siempre veo que están las mismas caras, hay poca luz en esa Biblioteca. Esas pobres lámparas colgando del techo están negras de sucias, tienen una pantalla de vidrio como en forma de una pollerita con tul, de vidrio blanco, y están negras del hollín. Con un trapo empapado en aguarrás se podrían limpiar en un minuto, tanto la lamparita como la pantalla, y habría más luz en esa Biblioteca.

Manuel Puig nació en General Villegas (Buenos Aires) en 1932 y murió en Cuernavaca (México) en 1990. A su primera novela *La traición de Rita Hayworth* (1965) le siguieron, entre otras,

Boquitas pintadas (1969), *The Buenos Aires affair* (1973), *El beso de la mujer araña* (1976), *Pubis angelical* (1979), *Maldición eterna a quien lea estas páginas* (1981). Escribió además guiones cinematográficos y obras teatrales.

Ricardo Piglia

El Laucha Benítez cantaba boleros



Piglia, Ricardo. "El Laucha Benítez cantaba boleros", en *Nombre falso*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

Nunca llegaré a saber del todo si el Vikingo intentaba contarme lo que realmente sucedió esa madrugada en el club Atenas, o se quería sacar de encima la culpa o estaba loco. La historia de cualquier modo era confusa, deshilvanada: pedazos de su vida, el desconsolado saludo de guerra de los escandinavos y un estropeado recorte de El Gráfico envuelto en trapos, con la finísima y luminosa cara del Vikingo mirando la cámara de frente. (...)

Me estiraba el papel, respirando con la boca abierta, hablando dificultosamente, con una voz gutural, incomprensible, amontonando sin orden las palabras hasta sin querer se quedaba callado y me miraba, como esperando una respuesta, antes de comenzar de nuevo, regresando una y otra vez a esa madrugada en el club Atenas de La Plata, al cuerpito destrozado del Laucha Benítez tirado en el piso, boca arriba y como flotando en la temblorosa luz del amanecer. (...)

Terminaban siempre en los alrededores de la estación de trenes sentados frente a una mesa, en la vereda del bar Rayo, bajo los árboles, tomando cerveza negra y respirando el aire suave del verano. Se pasaban las horas ahí, mientras crecía la noche, mirando el movimiento de la estación, adivinando la llegada de los trenes por el aluvión de gente que cruzaba junto a ellos.

Ricardo Piglia nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, en 1940 y falleció en Buenos Aires en 2017. Estudió Historia en la Facultad de Humanidades de La Plata. Publicó libros de cuentos – *La invasión* (1967), *Nombre falso* (1975) y *Prisión perpetua* (1988)– y cinco novelas: *Respiración artificial* (1980), *La ciudad ausente* (1992), *Plata quemada* (1997), *Blanco nocturno* (2010) y *El camino de Ida* (2013). Ha escrito además ensayos de crítica entre los que cabe citar *Crítica y ficción* (1986), *Formas breves* (2000) y *El último lector* (2005).

Enrique Anderson Imbert

Victoria



Anderson Imbert, Enrique. *Victoria*. Buenos Aires, Emecé, 1977.

Cuando yo era niño La Plata todavía estaba iluminada con faroles de gas: un viejo, con una cara al hombro, entraba en el barrio e iba encendiendo los mecheros unos tras otros a lo largo de la calle; yo seguía sus lentos pasos, maravillado ante el farol ya encendido, ansioso de ver encenderse el farol próximo. Ahora, con la parsimonia de ese viejo, yo andaba por la Diagonal 74 encendiendo recuerdos. No eran recuerdos involuntarios, despabilados por una impresión casual, sino recuerdos buscados. Las cosas que estaban al mismo nivel de mi pasado me saludaban al paso y se ponían en contacto conmigo, si se presentaban apagadas, mi ternura les devolvía el brillo. (...)

¡Y al llegar a casa! Primero la miré por fuera. El árbol que dejé espigado estaba copudo pero volví a verlo ufano. Los muros volvieron a ponerse altos. Los balaustres de la azotea volvieron a parecerme almenas de un castillo. Y cuando desde los balcones de la esquina 12 y 54 divisé la alta torre de la Municipalidad y, al otro lado de la plaza Moreno, la ancha Catedral, recordé que mi primera página había sido la descripción de la Municipalidad y la Catedral como Don Quijote y un Sancho Panza, en un diálogo de campanas en las vasta llanura. Si el profesor de Gramática y Composición hubiera leído esa página la habría clasificado como figura retórica: la Prosopopeya.

Enrique Anderson Imbert nació en Córdoba en 1910 y murió en Buenos Aires en el año 2000. Vivió parte de su infancia y adolescencia en La Plata y estudió en el Colegio Nacional Rafael Hernández. Fue narrador, profesor y crítico literario y publicó varios estudios sobre literatura hispanoamericana. Su primer libro de ficción fue *El mentir de las estrellas* (1940). Otras de sus compilaciones de cuentos fueron *Las pruebas del caos* (1946), *El grimorio* (1961), *El gato de Cheshire* (1965), *La sandía y otros*

cuentos (1969), El estafador se jubila (1969), La locura juega al ajedrez (1971), La botella de Klein (1975), Dos mujeres y un Julián (1982) y El tamaño de las brujas (1986). También publicó las novelas Vigilia (1934), Fuga (1951) y Victoria (1977).

Javier Villafañe

El caballo celoso



Villafañe, Javier. *El caballo celoso*. La Plata, Los libros del Sudeste, 1985.

El caballo bajó la cabeza para oír mejor y el Sapo Abuelo continuó hablando:

–En el centro de la ciudad hay una plaza. Frente a la plaza una Municipalidad.

Desde aquí puede ver la torre y el reloj. En la Municipalidad, sentado en un gran sillón, está el intendente. Fuma y toma café. En otros sillones más pequeños están sentados los señores jefes y los señores inspectores que también fuman y toman café. Hay empleados y ordenanzas. Los empleados se pasan el día haciendo carteles que dicen:

“Está prohibido estacionar”

“Está prohibido pisar el césped”

“Está prohibido cantar”

“Está prohibido escupir en el suelo”

Vio ómnibus, bicicletas, automóviles, gente caminando, perros. Llegó a una plaza. Vio la Catedral y frente a la Catedral la Municipalidad con la torre y el reloj.

“El intendente –pensó el caballo– debe de estar ahora sentado en un gran sillón, fumando y tomando café y los ordenanzas estarán barriendo con la escoba”.

El caballo relinchó tres veces. Y la niña le preguntó:

–¿A dónde va, Caballo?

–Al campo. Vengo de conocer la ciudad.

–¿Le gustó?

–No.

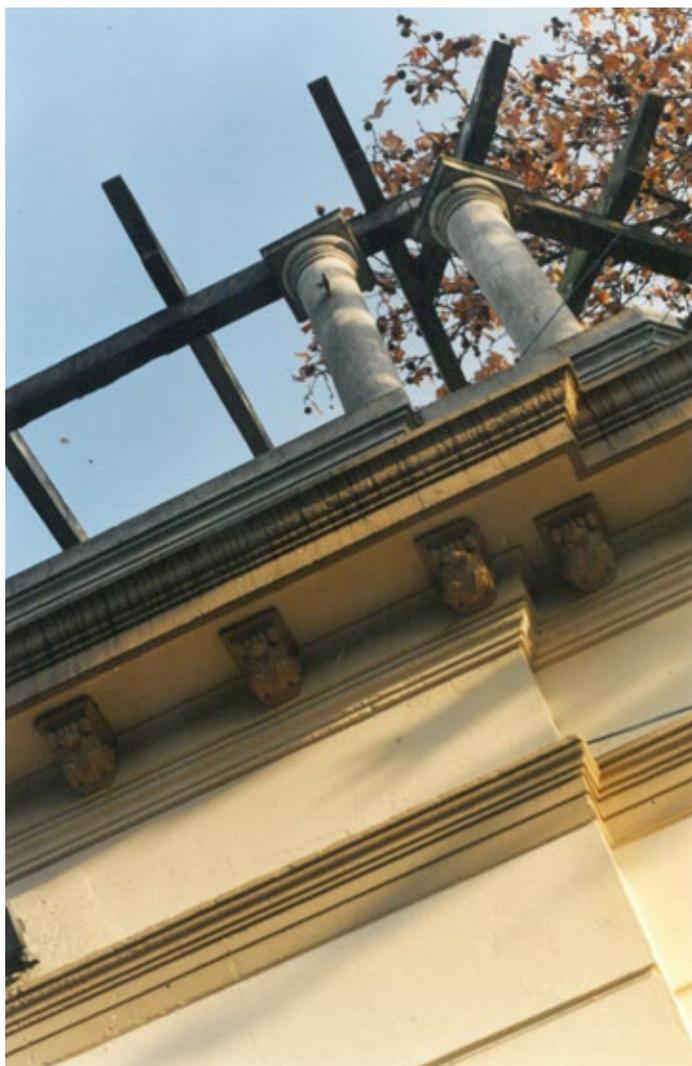
–A mi tampoco me gusta. A mi me gustaría una ciudad donde no hubiera calles ni casas. Una ciudad con árboles y un arroyo que pasara entre los árboles.

Siguieron caminando. La niña por la vereda, el caballo por la calle.

Javier Villafañe nació en Buenos Aires en 1909 y murió en 1996. Poeta, autor teatral y titiritero. Como tal, y junto con Juan Pedro Ramos, recorrió Argentina y otros países de América en la carreta "La Andariega". Escribió para niños y adultos. De su prolífica obra pueden citarse: *Una ronda, un cuento y acto para títeres* (1938), *Historias de pájaros* (1957), *Los sueños del sapo* (1963), *Maese trotamundos por el camino de Don Quijote* (1983), *El caballo celoso* (1983), *El juego del gallo ciego* (1989), *De puerta en puerta* (1956), *La jaula* (1970), *La gallina que se volvió serpiente y otros cuentos que me contaron* (1977), *Historiacuentopoema* (1992). Recibió, entre otras distinciones, el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Nacional de Literatura infantil.

Adolfo Bioy Casares

*La aventura de un fotógrafo
en La Plata*



Bioy Casares, Adolfo. *La aventura de un fotógrafo en La Plata*. Buenos Aires, Emecé, 1985.

Cuando pasó frente al hotel La Pérgola, pensó: “Antes de irme voy a fotografiarlo. Me gustaría parar ahí”. Al doblar por 43 divisó a su amigo Lucio Mascardi, a mitad de cuadra, recostado contra el marco de una puerta. Hasta que Almanza llegó a su lado, Mascardi no dio señales de verlo. (...)

Como algunas calles no tenían chapa en las esquinas, temió haberse pasado... A un señor que distribuía a su familia en los asientos de un automóvil, le preguntó si iba bien.

–Tres cuadras, contestó el señor y agregó que el laboratorio debía de quedar donde 24 hace esquina con la diagonal 75. El señor dijo “el diagonal”. (...)

A la otra mañana había la misma luz apenas atenuada por la niebla. Le dijeron que era típica de La Plata. Menos mal que esa luz favorecía el trabajo, porque las dificultades no faltaban. Para empezar, el tamaño de los edificios. Ya le previno Gentile que se encontraría con edificios tan grandes, que se vería en apuros para meterlos en una foto sin deformarlos (...). Menos mal que la avenida 7 de La Plata era ancha. Se entretuvo allá hasta la una pasada: fotografió el Banco de la Provincia, la Universidad, el cine Gran Rocha, que está a la vuelta, en 49. Desde el correo despachó a Gentile el material del día anterior. “Ojalá que lo dé pronto a Gabarret y que guste” pensó. Trabajó un rato en la Plaza San Martín. (...)

–¿Vino especialmente a fotografiar mi ciudad? –preguntó el viejito–. Por encargo, quiero creer.

–Para una colección de libros.

–¿Empieza por La Plata, como corresponde? Una ciudad nueva, de gran pasado. Su pasado es de cuando el país tenía futuro.(...)

–La Plata –dijo Lemonier– tiene la mejor de todas las tradiciones: la del país grande y próspero que fuimos. Yo diría que la ciudad es un vivo monumento a esa esperanza. Además

tenemos tradiciones chicas, de barrios y amigos. Más auténticas, en muchos casos, que las de zapateadores y grupos folklóricos. Es claro que entre nuestras más auténticas tradiciones hay una que te regalo: la de malos gobiernos. (...)

Cruzaron la plaza, blanquísima, y sacó el Palacio Municipal, el Palacio de Gobierno y, desandando camino, en 50, la casa de Dardo Rocha y después la plazoleta Benito Lynch, donde había un árbol en una maceta de azulejos, con nombres como La Florida, que lo dejaron pensando.

Adolfo Bioy Casares nació en Buenos Aires en 1914 y murió en 1999. Narrador, comenzó a escribir muy precozmente. En 1932 conoció a Borges en casa de Victoria Ocampo, y juntos escribieron con los seudónimos de "H. Bustos Domecq" y "B. Suárez Lynch" y publicaron una *Antología de la literatura fantástica* (1940), *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942) y el polémico relato "La fiesta del monstruo" (1947). En 1933 conoció a Silvina Ocampo con quien se casó. Con ella publicó *Los que aman, odian* (1946). Escribió las novelas *La nueva tormenta* (1935), *La invención de Morel* (1940), *Plan de evasión* (1948), *El sueño de los héroes* (1954), *Diario de la guerra del cerdo* (1969), *Dormir al sol* (1973), *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (1985), *Un campeón desparejo* (1993) y *De un mundo a otro* (1997). Sus volúmenes de cuentos más destacados fueron *El perjurio de la nieve* (1944), *El lado de la sombra* (1963), *El héroe de las mujeres* (1978) y *Máscaras venecianas* (1982).

Aurora Venturini

La Plata mon amour



Venturini, Aurora. *La Plata mon amour*. La Plata, Ediciones pueblo entero, 1993.

Ella ve el parque cerrado que se abría los domingos para la gente educada y decente.

“Cuando se declaró parque abierto, las estatuas de Carrara cayeron víctimas de la pedrea enconada de la plebe bárbara”. El tiempo trizó al buen anciano, pedrea divina o demoníaca, y ella lo descubre destrozado, junto al ángel que cabalgaba un pez, a los bancos que la señora Servente trajo de París y donó al parque, junto a la Mujer del Cántaro, y a la rotonda rodeada de pequeñas mastabas.

“El parque Saavedra lucía, a su derecha, el Parque Cerrado; en el lago nadaban los cisnes. Aquello de vivir la belleza, prestaba encanto a los domingos, que ahora son los días más amargos de tragar”. Ella se angustia, casi llora, los olvidados muertos la reclaman.

Aurora Venturini nació en La Plata en 1922 y murió en 2015. Estudió en la Facultad de Humanidades. Perteneció al grupo de poetas de la generación del 40, conformado por Horacio Ponce de León, Roberto Themis Speroni, Ana Emilia Lahitte, Norberto Silvetti Paz, Horacio Guida, Horacio Núñez West y Gustavo García Saraví. Publicó su primer libro, *Corazón de árbol*, en 1941. En 1981 fue editada su *Antología personal* que reunió los poemas que escribió entre 1940 y 1976. En sus últimos años alcanzaron repercusión sus novelas *Bruna Maura Maura Bruna* (2006), *Las primas* (2008, Premio Nueva Novela *Página 12*) y *Nosotros, los Caserta* (2011).

Gabriel Báñez

Octubre amarillo



Báñez, Gabriel. *Octubre amarillo*. Buenos Aires, Almagesto, 1994.

En cuanto llegué a La Plata fui a una pensión en Tolosa, sobre la calle 1, entre 33 y 34. La dueña me acuerdo que tenía la manía de alimentar los gatos del vecindario. Se iba a las 7 de la mañana a un baldío de la vuelta y les daba las sobras. Era española, y si estaba enferma teníamos que ir cualquiera de nosotras a darle de comer. Las inquilinas, claro. A las siete en punto tenía que ser. Era maniática. Los gatos siempre comían en un mismo orden, primero el negro, después el blanco y así. Decía que era para no alterar el destino, y que los gatos eran los días del destino. Yo me reía, ahora creo. No en eso de los gatos, pero sí en el destino. Es raro, pero ahora que lo pienso creo que la muerte nunca llega en el momento justo, si no no habría asesinos, ¿no le parece?

Gabriel Báñez nació en La Plata en 1951 y murió en 2009. Escribió las novelas *Parajes* (1975), *El capitán Tresguerras fue a la guerra* (1980), *Góndolas* (1986), *Hacer el odio* (1986), *El curandero del cuarto oscuro* (1990), *Paredón, paredón* (1992), *Los chicos desaparecen* (1995), *Virgen* (1998) y *Cultura* (2006). Publicó también libros de relatos, entre ellos *Octubre amarillo* (1994) y *El circo nunca muere* (1996). En 2008 recibió el primer Premio Internacional de novela Letra Sur por *La cisura de Rolando*.

Guillermo Cieza

Destiempo. Una historia de los 70



Cieza, H. Guillermo. Destiempo. *Una historia de los 70*. La Plata, Ediciones de Retruco, 1997.

El dato de Rusito resultó ser un matungo.

Fabiola, que no podía perder en la segunda carrera del hipódromo de La Plata, entró sexto. Miguel no quiso esperar el desquite con el dato infalible de la quinta y se fue rumiando su mal humor. No le gustaba perder.

Caminando por la diagonal 80 se encontró con una turba de melenudos que, con banderas y gritos, venían cortando la calle.

“Estos mañana no madrugan”– pensó Miguel mientras los miraba con desagrado. Entonces la vio: Adriana, que venía saltando en el medio del kilombo; Adriana, que lo había visto y le sonreía; Adriana, que le dijo no cuando él le hizo la señal que se parara; Adriana, que lo invitaba a los gritos a bajar la calle.

Miguel se decidió pensando “en La Plata no me conocen” y en un trotecito se puso al lado de Adriana que gritaba y saltaba como si le hubieran dado cuerda.

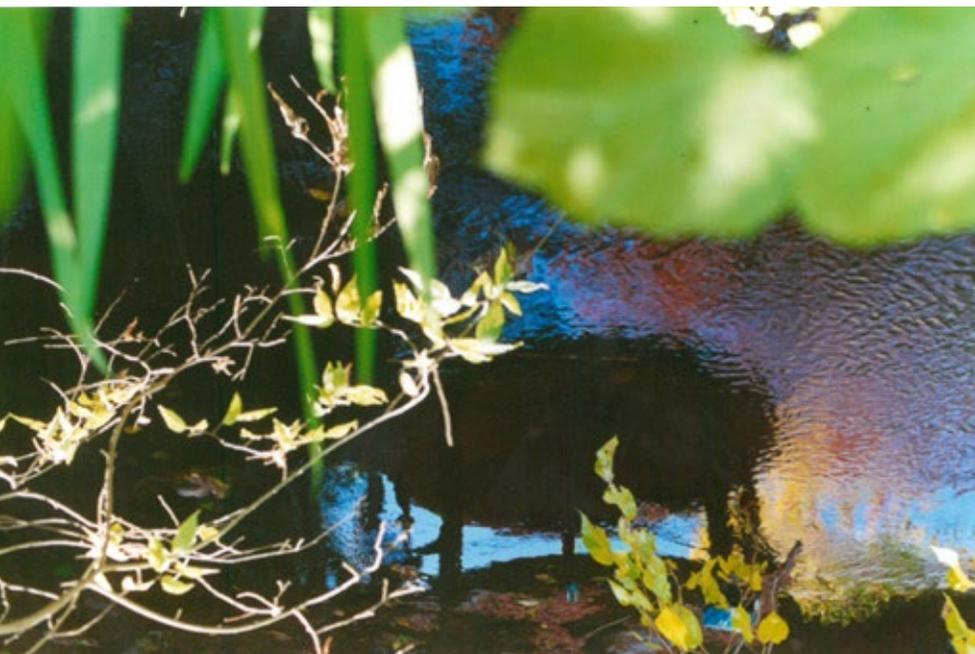
–¿Qué estás haciendo acá?– le preguntó Miguel haciendo bocina con las manos para que pudiera escucharlo entre tanto griterío.

–Es por el ingreso– contestó Adriana, como si eso explicara todo.

Cuando se detuvieron frente a las vidrieras del diario El Día, los kilomberos hicieron silencio y entonces Miguel pensó que era el momento de pedirle de nuevo la dirección.

Rodolfo Fogwill

Vivir afuera



Fogwill, Rodolfo. *Vivir afuera*. Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Esa noche, al cabo de un encuentro de ex alumnos, Wolf volvía convencido de que celebraban sus veinticinco años de egresados.

Era una madrugada de noviembre, serían las dos, y a pesar de lo avanzado de la primavera la temperatura había caído de golpe. Al salir de la parte urbanizada de La Plata sintió frío, y mientras cruzaban el parque Pereyra en el auto de la gobernación debieron detenerse para revisar el manual con las instrucciones del sistema de calefacción.(...)

Finalmente decidieron arrancar, acelerar y soportar, porque la espera y la creciente sensación de fracaso no resultaban más tolerables que el frío.

Como para olvidar el frío, mientras aceleraba el Peugeot en la ruta vacía comentó:

–¡Qué boludez...! ¡Ir a festejar veinticinco años de egresados para terminar muriéndose de frío en el camino de vuelta...! (...)

Sintió frío y recordó la época del pescado. Estaba practicando taekwondo en un gimnasio de City Bell y un día su sabón le dijo que tenía un cuerpo privilegiado y que le convenía complementar la práctica con gimnasia de pesas y aparatos para promover a una categoría superior más rápido: el ideal era llegar pronto a competir en torneos y obtener pronto el cinturón negro que habilitaba para ubicarse del lado de los profesores en cada sesión de entrenamiento y en la mesa de los jurados en las ceremonias de graduación.

Al comienzo el Pichi pensaba que Sabón era el apellido del tipo. Después supo que era una palabra coreana que, según los taekwondistas, significaba “maestro ejemplar”: algo sarmientito, nada que ver con las técnicas de combate.

Por la insistencia del sabón, y por el entusiasmo de una tipa de City Bell con la que estaba saliendo, por unos meses estuvo alternando las clases de taekwondo con sesiones de dos horas de pesas y máquinas de musculación.

Rodolfo Enrique Fogwill nació en Buenos Aires en 1941 y murió en 2010. Ha publicado las colecciones de poemas *El efecto de realidad* (1978), *Las horas de citar* (1979) y *Partes del todo* (1990); las antologías de relatos *Mis muertos punk* (1979), *Música japonesa* (1982), *Ejércitos imaginarios* (1983), *Pájaros de la cabeza* (1985), *Muchacha Punk* (1992), *Restos diurnos* (1993) y *Cantos de marineros en las Pampas* (1998); y las novelas *Los Pichiciegos* (1983), *La buena nueva* (1990), *Una pálida historia de amor* (1991), *Vivir afuera* (1998), *La experiencia sensible* (2001) y *En otro orden de cosas* (2008).

Ricardo Clark

Sexo seguro en La Plata



Clark, Ricardo. "Sexo seguro en La Plata", en *Narrativa*, vol. II.
La Plata, La Comuna Ediciones, 1999.

Después, pero mucho después que la gente del Cortázar había sido desalojada de la casa de uno y cuarenta, vino el asunto de Sábato.

Un asunto delicado. Por supuesto que algunos calificaron el tema de simplemente horrendo, pero que desde que Borges se volvió ciego y Sábato fuera detenido en conexión con el turbio asesinato de la mujer de un pintor, la ciudad de La Plata no tuvo paz, no encontró su eje intelectual.

No, de eso cualquiera estaba seguro. No por lo menos desde aquellas aventuras del fotógrafo que Bioy soltó una noche desde la torre de la catedral de La Plata. (...)

Tampoco dieron resultado las medidas tomadas por la policía cuando el pánico amenazó con llegar al Museo que está en el bosque, mucho menos la invasión de la casa diseñada por Le Corbusier como centro distribuidor de Internet.

Cierto es que hubo cundido el pánico cuando las señoras que salían a barrer las veredas empezaron a desaparecer, esto fue más o menos en la época de las letras, es decir cuando todo el mundo se quedó mudo y las letras taparon la torre municipal, afectando las comunicaciones.

Sin embargo el gozo no duró. Los policías cumplieron con su deber y llegaban hasta en bicicleta para sofocar el incendio de ideas (esto era común cuando se esparcían impresos).

Ricardo Clark nació en La Plata en 1940 y está radicado en México. Ha publicado tres novelas y dos libros de cuentos, uno de los cuales se titula *Entre la ópera y los motores diesel* (1984).

Rodolfo Amy

La ciudad es un juego



Amy, Rodolfo. "La ciudad es un juego", en *Contemos La Plata: para saber cuánto valemos*. La Plata, La comuna ediciones, 2001.

Sobre el mapa de esta ciudad se puede jugar al Ta-Te-Ti.

Uno puede comenzar, por ejemplo, en el encuentro de la Circunvalación, allá por 122 y 32, mientras que el contrario se jugará por el Cementerio.

La segunda jugada puede ser el extremo del bosque en 122 y 52, pero el otro jugador, atento, la bloqueará ubicándose en el extremo de 122 y 72. A su vez, para no perder el juego, el que comenzó tendrá que detener a su adversario en la vieja estación Circunvalación de 72 y 17.

Hasta ahí, todo está parejo, pero la lucha continúa con una movida estratégica a la avenida 13 y 32. Con un movimiento preciso, el contendiente se ubicará sobre el final de la Diagonal 73, en su encuentro con la avenida 32, para no permitir que el primer jugador gane la partida.

Pero, inexorablemente, éste hará su arribo triunfal a la Plaza Moreno, donde será recibido, con gloria, por las campanadas de la Catedral.

Rodolfo Amy nació en Uruguay y vive en La Plata desde 1973. Es escritor y músico. Es autor de la ópera infantil *El arcón de Sancho Panza*.

Esteban López Brusa

La yugoslava



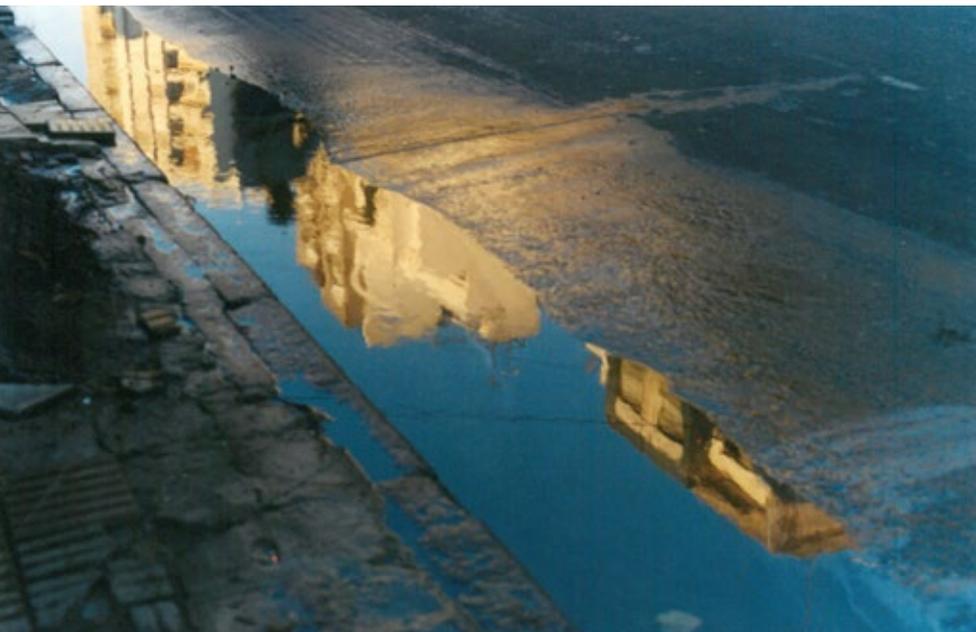
López Brusa, Esteban. *La yugoslava*. Buenos Aires, EL cuenco de plata, 2004.

¿De qué vale, a miles de kilómetros de distancia, atender a las andanzas de una serpiente pitón por el bosque platense? El bicho se fugó de su hábitat no natural, el concurrido serpentario del zoológico, un chalecito ubicado casi en el centro del mismo paseo, donde vive en una baulera de vidrio y es alimentada diariamente con una dieta a base de ratas. Comparte su espacio, al lado de otros treinta ofidios, con dos ejemplares similares aunque más pequeños, y quiso el destino que sólo ella consiguiera burlar la vigilancia y los recaudos del personal del Jardín, y echase a andar por el zoológico vaya a saber con qué rumbo. Ahora el miedo ha hecho su parte: la psicosis ha logrado que en cualquier buraco de la ciudad anide la pitón. Por supuesto que se formularon cien posibles argumentos para justificar la huida, y el debate popular se tornó hasta científico, tanto que todas las hipótesis generaron sus contracaras inmediatas, al punto de que nadie se atreve a sostener qué fue lo que realmente ocurrió.

Esteban López Brusa nació en La Plata en 1964. Es autor de las novelas *La temporada* (1999), *La yugoslava* (2004), *Huevo o cigota* (2009), *Guanaco* (2015) y *El lecho* (2017). Ha dirigido junto a Miguel Dalmaroni la revista *La muela del juicio*.

Néstor Ponce

Hijos nuestros



Ponce, Néstor. *Hijos nuestros*. México, El viejo pozo, Universidad Autónoma de Chiapas, 2004.

Me levanto del sofá y voy hasta la ventana. Mi drama es que nunca me tomo en serio. La ventana da a la diagonal 80. Está vacía, ni un coche, nada, la nada total. Podría describir cada detalle, la luz amarilla que salpica el pavimento, rebota, es devorada por la penumbra en la esquina, donde el foco está quemado desde hace varias semanas, se tajea en un grito ahorcado, podría describir las formas que se improvisan, que se acomodan despacito. Amanece y el cielo es una lengua gris que va salpicando la ciudad con manchas de querosén.

Néstor Ponce nació en La Plata en 1955. Dejó la ciudad para exiliarse en Brasil y luego, desde 1978, en Francia, donde actualmente reside. Novelista y traductor, se ha desempeñado como profesor en las Universidades de Angers y Rennes. Ha publicado las novelas *El intérprete* (Primer Premio Fondo Nacional de las Artes, 1998), *La bestia de las diagonales* (finalista en el Premio Planeta, 1999), *Una vaca ya pronto serás* (2006) y *Azote* (2008).

María Laura Fernández Berro

El camino de las hormigas



Fernández Berro, María Laura. *El camino de las hormigas*.
Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2005.

A la plaza sí voy. Se llama Tacuarí. Tamborcito de Tacuarí. En el centro está el nene tocando el tambor. Se murió chiquito y tocando el tambor. Mamá me contó que dio su vida por la patria.

–¿Qué es la patria?

–Este país de mierda.

–A mí me da pena que se haya muerto tan chiquito.

–Fue por la patria. Nunca se supo su nombre. Tenía doce años y acompañaba al comandante Vidal que estaba casi ciego. Fue en Paraguay. Tacuarí está en Paraguay. En ese tiempo, Belgrano se enfrentó con doscientos hombres a los españoles. Fue un valiente. Fijate que los españoles eran dos mil. ¡Doscientos hombres contra dos mil y seis tanques!...

–Un boludo fue.

María Laura Fernández Berro nació en La Plata. Es profesora de Letras y escritora. Su primera novela *El camino de las hormigas* ganó el primer premio en el Ayuntamiento de Córdoba, España, a la mejor novela breve 2003. También ha publicado *Esteban J. Uriburu, sacerdote y aventurero* (2000) y los ensayos *Ana Mon: la transformación solidaria* (2001) y *La transformación solidaria II* (2006).

Mario Goloboff

El hijo de Octavio



Goloboff, Mario. "El hijo de Octavio", en *La pasión según San Martín*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2005.

Nuestra estadía allí se prolongó más de lo previsto y volvimos a la Argentina al cabo de mucho, acaso excesivo tiempo. Me resultó difícil reconocer de nuevo la ciudad con sus inmensos rascacielos, la plaza de nuestra juventud partida en dos e inundada por puestos de golosinas y helados, los pueblerinos bares del centro convertidos en *drugstores* o en monumentales y ya insoportables librerías. (¡"Librerías"! Mercados... Las otras, las que habían sido lugar de nuestro enamoramiento y nuestra dispersión, habían caído al perder sus centinelas: ya no estaba Imar en la esquina de la Diagonal, ya no estaba Luis en la mitad de la calle 4, ya no estaba Don Benvenuto en la calle 48 ni en ninguna parte: la muerte del viejo anarquista debía haber llegado como una despaciosa página en blanco, la primera).

Mario Goloboff nació en Carlos Casares (Buenos Aires) en 1939. Es novelista y crítico literario. Fundó junto a Vicente Battista la revista *Nuevos Aires*. Entre sus obras se cuentan las novelas *Caballos por el fondo de los ojos* (1976), *Criador de palomas* (1984), *La luna que cae* (1989), *El soñador de Smith* (1990) y *Comuna Verdad* (1995); los cuentos de *La pasión según San Martín* (2005), y los ensayos *Leer Borges* (1985), *Genio y figura de Roberto Arlt* (1988), *Julio Cortázar. La biografía* (1998) y *Elogio de la mentira* (2001). Enseñó literatura argentina en universidades francesas y actualmente es profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata.

Laura Alcoba

La casa de los conejos



Alcoba, Laura. *La casa de los conejos*. Traducción de Leopoldo Brizuela. Buenos Aires, Edhasa, 2008.

Desde que se inició la excavación, hace ya unos diez días, el Obrero ha llenado decenas de bolsas de tierra y escombros. Al fin de cada jornada, antes del anochecer, Diana vuelve a llevar al Obrero y al Ingeniero –a veces no viene más que uno de ellos, el Obrero, ya que el trabajo del Ingeniero es mucho menos absorbente– siempre ocultos bajo la vieja frazada polvorienta. Y también en plena noche Cacho y Diana salen a deshacerse, en obras o terrenos baldíos (hay muchísimos en el barrio) de algunas de esas bolsas colmadas durante el día.

A veces, también, salimos de a uno a la vereda, a la vista de los vecinos.

Y es que oficialmente aquí solo se hacen trabajos a fin de acondicionar el galpón que dará albergue a centenares de conejos. Esas bolsas visibles justifican, o así lo esperamos, las innumerables idas y venidas de la pequeña furgoneta gris. Nosotros afectamos la agitación que podría explicar el modesto proyecto de construir un criadero, así como la compra de tantos materiales. Pero detrás de esa construcción se levanta una obra absolutamente diferente, inmensa y de una importancia única: la casa que habitamos ha sido elegida para ocultar en ella la principal imprenta montonera.

Las dos obras avanzan a un tiempo, y las cosas, a cada día que pasa, van tomando más forma a los ojos de todos: mientras de allá atrás se extraen kilos y kilos de tierra para crear el cuarto secreto donde se esconderá la imprenta, en el galpón se apilan decenas de jaulas metálicas destinadas a los conejos que pronto se nos unirán.

Laura Alcoba nació en Cuba en 1968, durante una estancia de formación militante de sus padres. Vivió en La Plata hasta los diez años y en 1979 se radicó en Francia junto con su madre.

Escribe en francés. Es profesora de la Universidad de París X Nanterre. Su obra más difundida es la trilogía que conforman *La casa de los conejos* (2008), *El azul de las abejas* (2015) y *La danza de la araña* (2018).

Leopoldo Brizuela

La locura de Onelli



Brizuela, Leopoldo. *La locura de Onelli*. Buenos Aires, Bajo la luna, 2012.

Desde los ventanales del Instituto Médico Platense, a la salida del Bosque de la Sabiduría, el plantel de doctores mira pasar el cortejo de Onelli, con su india muerta, sus dos asistentes y unas cincuenta jaulas, camino, según dicen, a la Estación del Sur. El Doctor Luis Campodónico, cuarenta años, dice: “En el centro del círculo de jaulas, rodeado por la noche del Bosque de la Sabiduría, en un centro que puede –igual que cualquier otro– ser el centro del Orbe, ¿quién no se creería un sol rodeado de planetas, quién no concebiría la soledad, la quietud, la ignorancia de Dios?”. Don Armando Irizar, director del nosocomio. “Con el debido respeto, mi querido colega, no hay por qué exagerar. ¡Esa furia de Onelli es el síntoma obvio de un trastorno común, la iracundia senil que él mismo vio atacar a muchos animales! El pavo bravucón ¿recuerdan? que hizo reír a Irigoyen cuando le salió al paso hinchando altivo el buche –y que Onelli apartó, suavemente, con su bastón de caoba...”. Doctor Luis Filiberto, Jefe de Guardia, observa. “Sólo yo que lo he visto llegar, angustiado, en mitad de la noche, a consultarme por males animales que ningún veterinario sabría diagnosticar, sé hasta qué punto Onelli, viejo y enfermo, escapa de nosotros, que no sabemos nada; y aquella caravana es hospital ambulante”. Y hay un doctor Luis Luna, veterano de la guerra contra el Indio, que torvamente acota. “*Asesino, asesino*, me dicen que gritaba. ¿Y no parece que el pueblo, en quietud, se revolviere, acusado de algo que no puede comprender...?”. Mauricio Korn, alemán, cincuenta años –que diseñó, en Melchor Romero, una ciudad hospicio a imagen de La Plata: a cada loco una celda y una labor productiva–, asiente: “Nadie se ha de salvar de la locura de Onelli. Porque es imposible, cierto, entenderlo del todo, pero aun más imposible es no entender lo bastante”.

Leopoldo Brizuela nació en La Plata en 1963 y murió en Buenos Aires en 2019. Fue un destacado escritor, traductor y periodista. Estudió Letras en la Universidad Nacional de La Plata. Con su primera novela, *Tejiendo agua* (1985), ganó el premio de la Fundación Fortabat. En 2012 ganó el Premio Alfaguara de novela por *Una misma noche*. Otras obras relevantes son *Inglaterra. Una fábula* (1999), *Los que llegamos más lejos* (2002), *Lisboa. Un melodrama* (2010), *Ensenada. Una memoria* (2018).

Acerca de los autores

José Luis de Diego

Es Doctor en Letras y Profesor de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria II de la Universidad Nacional de La Plata. Ha sido Decano de la Facultad de Humanidades de la UNLP (1992-1998 y 2001-2004) y Director del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET) (2009-2013). Ha publicado: *Roland Barthes. Una Babel feliz* (1994); *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* (2001); *La verdad sospechosa. Ensayos sobre literatura argentina y teoría literaria* (2006); *Una poética del error. Las novelas de Juan Martini* (2007); *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición* (2015) *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición* (2019), y, como director de volumen: *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (2006; segunda edición ampliada, 2014); *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates* (en colaboración con José Amicola, 2008); además de numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Desde 2011 codirige con Sylvia Saítta la colección “Serie de los Dos Siglos” para la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). Desde 2014 dirige *Orbis Tertius*, revista académica del Centro de Teoría y Crítica Literaria de la UNLP. Desde 2015 se desempeña como coordinador de la sección Argentina, y miembro del Comité Asesor en el portal “Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI)” / EDI-RED (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes-CSIC). Desde 2016 es miembro de la Junta de Calificaciones de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires. Se ha especializado en temas de historia intelectual, teoría literaria y, en los últimos años, historia de la edición.

Margarita Merbilhaá

Es Doctora en Letras por la UNLP y fue co-directora del proyecto de investigación PPID “La represión en Berisso y Ensenada, 1973-1983. Una aproximación a escala local a partir del análisis de archivos oficiales, testimonios judiciales e historia oral”, acreditado en la UNLP. Se desempeña como profesora Adjunta en el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, donde también integró el equipo docente de la materia “Estudios culturales” de la Maestría en Historia y Memoria. Es además Investigadora Adjunta del CONICET. Ha realizado trabajos de investigación y docencia sobre literatura y memoria, y específicamente sobre el control y la censura cultural durante la última dictadura militar y los años anteriores. Ha dictado cursos de formación docente en la Comisión Provincial por la Memoria y de transferencia en otras instituciones.

Verónica Delgado

Es Doctora en Letras por la UNLP, profesora Adjunta de Metodología de la Investigación Literaria e investigadora del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET). Realizó estadias de investigación en el Instituto Iberoamericano de Berlín como parte del programa de intercambio de científicos del DAAD. Actualmente codirige el proyecto “Literatura argentina del siglo XX y publicaciones periódicas: emergencias e interacciones formativas”. Es autora de *El nacimiento de la literatura argentina en las revistas literarias 1896-1913*; como editora ha realizado *Revista La Nota. Antología (1915-1917)* en la colección Biblioteca Orbis Tertius; junto con Geraldine Rogers dirigió y editó los volúmenes *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)* y *Tiempos de papel: Publicaciones periódicas argentinas (Siglos XIX-XX)*. Coordina el equipo de producción editorial de la revista *Orbis Tertius*.

Ernesto Domenech

Es Abogado, Profesor titular de Derecho penal en la UNLP y Fotógrafo. Obtuvo premios nacionales e internacionales, entre los que se destacan el Centenario de La Plata y los organizados por los laboratorios Sakura, la Asociación Internacional de Críticos de Arte en el CAYC y el Instituto Interamericano de Derechos Humanos. De manera individual, expuso en la Fotogalería del Teatro Municipal Gral. San Martín, con la dirección de Sara Facio, en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, en el Centro Cultural Recoleta (CABA), en el Fotoclub Buenos Aires, los museos Provincial de Bellas Artes y Municipal de Bellas Artes (La Plata), en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional del Centro y en la Biblioteca de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Sus obras también fueron expuestas en forma colectiva en el Museo Nacional de Bellas Artes, el MUGAFO, el MACLA, el Centro Cultural Borges, la Alianza Francesa y el Museo Provincial por la Memoria. La editorial La Azotea publicó su libro *Crimen y Fotografía* en 2003.





Este libro presenta una antología de ensayos, poesía y prosa narrativa en los que la ciudad de La Plata como urbe moderna constituye la referencia e hilo conductor entre texto y fotografía. Textos decimonónicos de Domingo Sarmiento, Ernest Michel, se conjugan con los de Blasco Ibáñez, Arturo Capdevila, Rafael Arrieta, Roberto Arlt, Martínez Estrada, junto con los más recientes de Gabriel Báñez, Laura Alcoba, Leopoldo Brizuela, conformando un conjunto armónico en el que el territorio se construye en personajes.



ISBN 978-950-34-1826-0

